

LA POLÍTICA DEL VATICANO EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

L. H. Lehmann¹

Título del original inglés:
VATICAN POLICY IN THE SECOND WORLD WAR
(Agora Publishing Co., New York)
Primera edición norteamericana, 1945.
Primera edición castellana, 1946
Traducción: GUILLERMO GONZALEZ A.

CASA UNIDA DE PUBLICACIONES
Apartado Postal 97, bis
México, D. F.

¹ Leo H. Lehmann es, por su educación y experiencia, un experto en el tema de la historia, orientaciones y relaciones políticas de la Iglesia Católica Romana.

Nacido en Dublin, Irlanda, se educó en notables colegios católicos de aquel país, y en 1918, entró en la Universidad de Propaganda Fide, en Roma, y se ordenó sacerdote en San Juan de Letrán, en 1921, después de haberse doctorado en teología. Sirvió como sacerdote en Europa y Sudáfrica, y durante algunos años fue procurador de asuntos legales ante el Vaticano, Trasladado a los Estados Unidos, fue sacerdote en Florida. Habiendo dejado el sacerdocio, es actualmente director de la revista *The Converted Catholic Magazine*, y secretario de la *Misión de Cristo*, en New York.

CONTENIDO

Introducción.....

Tendencias anteriores a la guerra Mundial I.....

Tendencias desde la Guerra Mundial II.....

La Iglesia Católica Romana y la Guerra Mundial II.....

Colaboración del Vaticano con el EJE en:

Etiopía.....

España.....

Italia.....

Alemania.....

Checoslovaquia.....

Austria.....

Francia.....

Japón.....

Los Estados Unidos.....

El Vaticano se lava las manos.....

Conclusiones.....

INTRODUCCIÓN

EL PÚBLICO norteamericano desconoce, por regla general, hasta dónde, llega la influencia de la Iglesia Católica Romana en la política y la guerra. Los norteamericanos han procurado considerar y tratar a la Iglesia Católica Romana de acuerdo con su actitud tradicionalmente tolerante hacia todas las religiones, olvidando que la política de dicha Iglesia ha afectado siempre todas y cada una de las fases de la vida de las naciones del mundo, y reacios a creer que una Iglesia política trate de obtener predominio sobre el gobierno de su nación. Esta actitud ha sido reforzada por el intencionado silencio de la prensa pública en los Estados Unidos, la cual elude temerosamente todo comentario adverso sobre los asuntos de la Iglesia Católica.

Y sin embargo, hasta un examen superficial de los hechos que se permite que lleguen al conocimiento público, debería convencer a cualquiera de que la Iglesia Católica Romana no es amiga de la democracia, y de que, por el contrario, ha colaborado abiertamente con el fascismo y lo ha instigado en todas sus formas. Los católicos europeos se dan perfecta cuenta de ello y no tienen miedo de expresarlo y darlo a saber. Por ejemplo, el conde Kalergi-Coudenove, católico, en su reciente obra *Crusade for Pan-Europe* (Cruzada en pro de la Pan-Europa) admite (pág. 173) que: "El catolicismo es la forma fascista del cristianismo. La jerarquía católica se funda plena y seguramente en el principio del caudillo (leadership principle) con un Papa infalible que ejerce el comando supremo vitalicio.

A los norteamericanos se les ha podido engañar respecto a los fines y actividad de la Iglesia Católica Romana, por tres principales razones: 1) por su indiferencia hacia las relaciones entre Iglesia y Estado como factor de gobierno; 2) porque confían los efectos desastrosos del eclesiasticismo político romano en los siglos pasados; 3) por la intencionada confusión que ha creado en los Estados Unidos la propaganda católica en lo referente a los verdaderos fines de la política católica romana en los países democráticos.

Por encima, la política temporal del Vaticano puede variar, por vía de expediente, a compás de los cambios producidos en los acontecimientos mundiales. Sin embargo, fundamentalmente dicha política se ha mantenido siempre constante e invariable. A los obispos de Austria que acogieron con beneplácito el Anschluss con la Alemania de Hitler en 1938, el papa Pío XI les envió especiales instrucciones recordándoles la "meta inmutable" de la Iglesia Católica. Este mismo Papa declaró en una ocasión públicamente que baría pacto con el diablo mismo si tai cosa sirviera los intereses de la iglesia. Los norteamericanos no tienen por qué admirarse, pues, de que el Vaticano haya dado la bienvenida al general Ken Harada, como embajador del Japón ante la Santa Sede, después de (o de Pearl Harbor y de las arrolladoras conquistas logradas por las fuerzas de Hirohito en las Filipinas y en las Indias Holandesas Orientales.

Esa meta inmutable de la Iglesia Católica es la restauración de su estado como la única Iglesia legalmente reconocida de la cristiandad. Para alcanzarla, es menester oponerse constantemente o las constituciones liberales democráticas y establecer eventualmente en todos los países un tipo de gobierno civil que otorgue protección únicamente a la Iglesia Católica Romana. Tal protección se consiguió en España, por ejemplo, después que la rebelión fascista de Franco hubo destruido a la República Española en 1938. El Concordato de Franco con el Vaticano, firmado el 6 de junio de 1941, reafirmó los cuatro artículos del Concordato de 1851, el

primero de los cuales dice: La religión católica romana, con exclusión de cualquiera otra, seguirá siendo la única religión de la nación española. Hasta monseñor John A. Ryan, que es el más liberal de todos los eclesiásticos católicos de los Estados Unidos, se ve obligado a reiterar el hecho de que si los Estados Unidos se volvieran predominantemente católicos, su Constitución podría y debería alterarse con el fin de asegurar la "proscripción política" de todas las sectas no católicas². La índole de expediente que la actitud de la Iglesia Católica nacía su actual situación en unos Estados Unidos democráticos tiene, queda resumida autorizadamente en un libro de texto oficial del Departamento de Jurisprudencia de la Universidad Católica de Washington, D. C., de la siguiente manera: "El reconocimiento del derecho de la Iglesia Católica a funcionar mediante personas puramente canónicas, establecidas y existentes independientemente de la autoridad civil, constituye el arreglo ideal y el único plan al cual puede la teología otorgarle su asentimiento sin reservas." Hasta que pueda ponerse en efecto esta demanda, sigue diciendo, "no puede hallarse mejor sustituto que la política que ha establecido el pueblo norteamericano."³

De consiguiente, el esfuerzo primordial de la política del Vaticano debe siempre dirigirse en contra de toda tendencia de la masa del pueblo a asumir el poder y de toda traza de "izquierdismo" en lo económico y social. El 6 de septiembre de 1936 se leyó en todas las iglesias de la diócesis ana Carla Pastoral del Conde Von Preysirig, obispo de Berlín, en la que se afirmaba que el Papa había lanzado un ultimátum de que "cualquiera y toda conexión o contacto con movimientos izquierdistas está prohibido y debe ser combatido con suma energía por la Iglesia." Porque el logro de la "meta inmutable" de la Iglesia Católica sólo puede alcanzarse con la ayuda del gobierno autoritario, nunca por el consentimiento de los regímenes democráticos. Además, el Papado debe emprender la tarea de hacer extensiva dicha política a todos los países de la cristiandad, a todas partes del Imperio Británico protestante, a los Estados Unidos y a los países ortodoxos eslavos y rusos, así como a los llamados países católicos del mundo incluyendo Ibero-América. Porque pretende el derecho a la jurisdicción exclusiva sobre todos los cristianos: protestantes y católicos ortodoxos, así como sus propios feligreses católicos romanos, en todas partes del mundo. Puede, con verdad, protestar que su interés primario no está en ésta o aquella forma particular de gobierno, economía u orden social, ya que su objeto primario es el restablecimiento universal de su dominio espiritual. Sin embargo, a fin de lograrlo, y en el proceso de lograrlo, su objeto inmediato es ver establecidos regímenes políticos, económicos y sociales que, en primer lugar, no destruyan la libertad de la Iglesia Católica Romana según está al presente establecida, y en segundo lugar, ayuden eventualmente en la consecución de su verdadera meta. La Iglesia Católica puede arreglárselas para coexistir con regímenes civiles que no sean definitivamente socialistas o comunistas, porque los caminos que ella sigue son tortuosos. Los obispos se mueren en política, igual que los alfiles en el ajedrez, oblicuamente⁴.

² En su libro, *The State and the Church*, (El Estado y la Iglesia), pág. 39, y lo repite en la edición revisada que lleva el título de *Catholic Principles of Politics*, pág. 320.

³ Véase Brown, Brendan F., *The Canonical Juristic Personality, with Special Reference to its Status in the United States of America*, (La personalidad jurídica y canónica, con referencia especial a su situación en los EE. UU. de A.), pág. 196. Publicada por la Universidad Católica de Washington, 1927.

⁴ Aquí un juego de palabras intraducible. En inglés, *bishops* significa "obispos" y también "alfiles". (N. del Tr.)

TENDENCIAS ANTERIORES A LA GUERRA MUNDIAL I

LA actual política reaccionaria del Vaticano tiene raíz en su oposición a la Reforma Protestante del siglo xvi, a la cual siguieron el Tratado de Westfalia, en 1648, la Revolución Francesa, las subsecuentes revoluciones del siglo xix que difundieron ideas liberales y acrecentaron el gobierno del pueblo, y, más recientemente, la Revolución Rusa de 1917. Todas estas revoluciones han sido precisamente condenadas por las encíclicas de los papas durante los últimos 200 años. En su libro *Faith for Living*, Lewis Mumford, que fue uno de los primeros norteamericanos que descubrieron la traición al mundo cristiano cometida por la Iglesia Católica en virtud de sus compromisos con el fascismo, declara:

Los fines del fascismo están en el más profundo conflicto con los de una república libre cual los Estados Unidos. En este esfuerzo, la Iglesia Católica, de plano, no ha sido conservadora de la tradición, sino un aliado, y muy potente, de las fuerzas de destrucción.

El profesor G. A. Borgese, en la revista *The Nation*, ha expresado una opinión semejante; a saber, que todas las grandes revoluciones, desde la Francesa hasta la Rusa, han sido condenadas por la Iglesia Católica.

La razón es que estas revoluciones destruían la base tradicional necesaria para el dominio universal de la Iglesia Católica, o sea la unión de *Sacerdotium et Imperium*, el Sacerdocio y el Imperio. "Se encuentran notables condenaciones de dichas revoluciones: 1) En la Bula del papa Inocente X contra el Tratado de Westfalia, que fue la primera carta legal de tolerancia que convinieron y juraron los jefes de países católicos y protestantes en 1648. En esa Bula declaraba el Papa:

Que todos los artículos e instrumentos de estos dos pactos de paz, y todo lo en ellos contenido, son y siempre serán, nulos, vanos, sin valor, inicuos, injustos, condenables, reprobados, inanes, y completamente faltos de fuerza; que nadie está o estará jamás obligado a observarlos, aun cuando a ello se haya comprometido en juramento; que ningún derecho o acción, o color de título, ha sido o puede jamás ser, mediante ellos adquirido por nadie por proscripción después de ejercer su posesión por cualquier lapso, aun por tiempo inmemorial... deben, por tanto, considerarse siempre como si nunca hubieran sido promulgados, nunca hubieran existido, nunca hubieran sido hechos⁵.

⁵ V. el *Bullarium Romanum*, Vol. XVII, cap. XVI, pág. 173. En relación con esto, es significativo que Hítler y su Partido Nacionalsocialista hayan declarado, según consta, que su verdadero objeto no era la destrucción del Tratado de Versalles, sino de los efectos del Tratado de Westfalía, de 1648. Hítler llegó a declarar que celebraría su conferencia victoriosa de paz, con la cual se inauguraría su "nuevo orden" en Osnabrueck. En el periódico nazi *Hamburger Fremdenblatt*, de mayo 15, 1940, se publicó lo siguiente:

"No es la revisión del Tratado de Versalles el gran -pensamiento inscrito en las banderas de las tropas alemanas, sino la extinción de los últimos restos del Tratado de Westfalia, de 1648."

2) En las muchas encíclicas papales contra la masonería, lanzadas en los siglos xviii y xix, y resumidas en la encíclica Humanum Genus del papa León XIII, en 1886, en que condenaba a los masones por favorecer las siguientes opiniones:

Enseñan que todos los hombres tienen los mismos derechos, y que son perfectamente iguales en condición; que todo hombre es por naturaleza libre; que nadie tiene derecho a mandar a otros; que es tiranía mantener a los hombres sometidos a cualquiera otra autoridad que la que de ellos mismos emana. De ahí que han dicho que el pueblo es soberano, que los que gobiernan no tienen autoridad salvo por comisión y concesión del pueblo. Así, el origen de todos los derechos y deberes civiles está en el pueblo o en el Estado, el cual es gobernado según los nuevos principios de libertad. Sostienen que el Estado no debe estar unido con la religión, que no hay razón por la que una religión deba ser preferida a otra, y que todas han de tenerse en la misma estima.

Esta es una franca declaración y una condenación abierta de todas las libertades democráticas.

En su encíclica Mirari Vos, el papa Gregorio XVI, en 1846, después de algunas intentonas de revolución popular en Italia, no escatimó palabras en su condenación de toda libertad civil y religiosa. Llamó deliramentum (demencia) la libertad de conciencia y “error pestilencial” la libertad de pensamiento.

En 1864, el papa Pío IX llevó a su culminación el desesperado intento del Papado de contener el progreso hacia las libertades democráticas, en su famoso "Syllabus de Errores Modernos, que va como apéndice y sumario de la encíclica Quanta Cura, en la que se hace una más detallada condenación de ellos. La 80ma. y última proposición de este Syllabus de errores condenados dice:

El Pontífice Romano puede y debe reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso, el liberalismo y la civilización recientemente introducidos.

Períodos ha habido en la historia de la Iglesia Católica en que triunfaron los elementos liberales de la Iglesia. Tan fuertes se hicieron dichos elementos en el siglo 18 que se persuadió al papa Clemente XIV, en 1773, a abolir irrevocablemente de la Iglesia y del mundo la Orden Jesuítas entera. Pero el pro jesuítas papa Pío VII, restauró a los jesuítas en 1821, y desde entonces éstos rehicieron gradualmente su poderío sobre la Iglesia toda. Pero hasta la aparición del fascismo, los grupos liberales existentes dentro de la Iglesia Católica, que reconocían y favorecían, hasta cierto punto, los triunfos de la Revolución Francesa, lograron poder existir lado a lado de los reaccionarios jesuítas, que siempre han considerado como perniciosas y diabólicas las libertades emanadas de la Revolución Francesa. Los elementos progresistas hicieron cuanto pudieron por alinear a la Iglesia Católica con las doctrinas liberales y democráticas, así en política como en teología, y por ello se concitaron la enemistad de la facción jesuítas. Pero los jesuítas siempre lograron atraerse a su lado a los papas, aun a aquellos, como Pío IX y León XIII, que en un principio no estaban dispuestos a ponerse de su parte. La última batalla del sector liberal de la Iglesia Católica se libró en el Concilio Vaticano de 1870, cuando trataron de impedir la imposición del dogma de la infalibilidad personal del Papa, planeado por los jesuítas. Un total de 170 obispos abandonaron el concilio antes de que se tomara la votación final o permanecieron para votar "non píacet". Entre ellos había varios obispos norteamericanos. En aquella época el total de diócesis (obispados) católicos romanos ascendía a 917 en todo el mundo. Sin embargo,

sólo 433 personas votaron finalmente en favor de la infalibilidad papal en aquel Concilio Vaticano, y muchos de ellos no eran obispos sino simplemente vicarios y dignatarios eclesiásticos de menor categoría. Cuatro quintas partes de los 453 que sí votaron por la afirmativa eran italianos.

La historia de la política del Vaticano entró en una nueva fase con el decreto de la infalibilidad personal del Papa, pues dicho decreto situaba al intransigente partido ultramontano jesuíta en una inexpugnable posición desde la cual poder llevar a su esperada consumación su Contrarreforma que duraba ya 400 años. Los jesuítas, haciendo de ahí en adelante al Papa el solo y supremo arbitro de la Iglesia, pudieron servirse de él para quebrantar toda resistencia de parte de los elementos liberales que procuraban alinear de tal manera la política de la Iglesia que estuviera más en armonía con las tendencias democráticas del mundo moderno.

El prominente historiador católico alemán, padre Josef Schmidlin, profesor de la Universidad de Turingia, ofrece un claro cuadro de la lucha entre estas dos facciones por el dominio de la política vaticana, hacia fines del siglo xix. En su Historia de los Papas de Tiempos Modernos (Vol. III, pág. 1, de la edición en inglés), nos dice:

La historia de los papas durante el siglo xix nos ofrece una sucesión de sistemas divergentes, que se suceden unos a otros, como en un juego de fuerzas opuestas y beligerantes que luchan por el predominio, y consiguiéndolo ora las unas, ora las otras por turno. De una parte se hallan los fanáticos, que se empeñan, de intransigente e intolerante manera, en sostener unas tradiciones y una ortodoxia fijas, y que asumen una actitud hostil hacia el progreso de la civilización moderna y las victorias liberales que resultaron de las grandes revoluciones, que son las implacables enemigas de la Iglesia (Católica), el Estado y el principio de autoridad. De la otra parte se hallan los liberales que, movidos por un sentido político más equitativo, tratan de emanciparse de las restricciones tradicionales vinculadas con las ideas antiguas, y que tratan de reconciliarse con el progreso moderno a fin de vivir en paz con los Estados y gobiernos liberales, e integrar la Iglesia, como fuerza espiritual, en la civilización contemporánea. Desde un principio, este juego bélico de los contrarios se ha estado desarrollando dentro de la Curia Romana y especialmente dentro del Colegio de Cardenales. Se hace evidentísimo en los cónclaves papales que se convirtieron en escenario de esa lucha de tendencias divergentes, las cuales se expresan después abiertamente en las actitudes de sucesivos pontífices. Pues los papas apoyan una u otra de estas tendencias y las personifican en la manera de conducir su política interior y extranjera una vez que han ascendido al trono papal.

TENDENCIAS DESDE LA GUERRA MUNDIAL I

Después de la primera Guerra Mundial se hizo evidente a los jefes del Vaticano la necesidad de manifestar abiertamente la verdadera política de éste. El liberalismo había hecho tales progresos durante los primeros años que siguieron al 1920, que comenzó a influir en las masas de la Iglesia Católica misma, aun en Alemania y en otros países europeos. Friedrich Heiler, profesor de historia en la Universidad de Marburgo, dice a este respecto lo siguiente:

Estas recientes tendencias del catolicismo se han extendido considerablemente en Alemania. De derecho, el catolicismo alemán es una especie particular de catolicismo, debido al hecho de haber estado sometido, continua si no visiblemente, a la influencia de las iglesias reformadas de las cristiandad, y ha absorbido constantemente algunos rasgos pertenecientes al cristianismo evangélico⁶.

Añadióse a esto el fracaso del intento reaccionario hecho, en 1921, por los aliados victoriosos, de aplastar a la recién nacida República Soviética, que de tal modo asustó a los jefes jesuitas de la Iglesia Católica que determinaron iniciar su propia contraofensiva sin dilación alguna. La tendencia liberal en Italia, que culminó en la elección de un masón como Alcalde de Roma, produjo a la Iglesia enorme ansiedad.

El papa Pío XI, en un discurso pronunciado en febrero de 1929, declaró que Mussolini fue "enviado por la Providencia", "un hombre libre de los prejuicios de los políticos de la escuela liberal." Las condiciones en que se hallaba el mundo en aquel entonces lucieron surgir en la mente de los políticos del Vaticano visiones del peligro de que Europa fuera arrollada por los comunistas. Esa amenaza ofrecía también una oportunidad, largo tiempo esperada, de poder entrar abiertamente en acción para hacer retroceder completamente la "desastrosa tendencia al establecimiento pleno de las libertades del pueblo común, que tan violentamente condenaron los papas Gregorio XVI, Pío IX y León XIII. El historiador Karl Boka, ardiente partidario del movimiento de restauración católica, lo expresa como sigue:

En este momento decisivo, el Papa se apoderó de las riendas y tomó en sus manos el dominio unificado de todas las esferas de esfuerzo en que se habían distinguido sus predecesores. Este fue el comienzo de una Acción Católica de trascendental importancia, de la entrada de la Iglesia en la batalla por una renovación moral y religiosa, y por la reforma de las instituciones sociales. Y esta intervención tenía como fin la destrucción del espíritu liberal del siglo 19 y el triunfo de la idea cristiana."⁷

Pocos observadores de la escena europea se dieron cuenta del hecho de que, lado a lado de la aparición del fascismo en el terreno político y social, se levantó una estructura fascista semejante dentro de la Iglesia Católica, Dicha estructura, creación del mismo papa Pío XI, se denominó Acción Católica, que no debe confundirse con la actividad católica ordinaria, sino que es un cuerpo o entidad especialmente creada en que se integra toda actividad católica de la jerarquía, la cual, a su vez, tiene su centro en el Vaticano. En los Estados Unidos no se vio esto así porque empañaban la vista los acontecimientos meramente superficiales que eran el corolario necesario de toda acción fascista, así en política como en religión; es decir, una purga brutal de

⁶ Im Ringen und die Kirche, pág. 174.

⁷ En su libro Staat und Parteien, pág. 75

los miembros antifascistas en el seno de la Iglesia misma. Los norteamericanos se fijaron solamente en las diferencias de operación entre los dos fascismos, el de la iglesia y el del Estado. Advirtieron que el Papa y Mussolini se cambiaban palabras candentes sobre los métodos con que se habían puesto de acuerdo que trabajarían juntos, según los términos del Pacto de Letrán que firmaron conjuntamente en 1929. Advirtieron que el régimen de Hitler, en sus comienzos, internó en campos de concentración a los sacerdotes católicos individualmente antinazis; que a los jefes de algunas órdenes religiosas de Alemania y Austria se les procesó ante el Tribunal del Pueblo por haber sacado dinero ilegalmente del país; que a otros eclesiásticos se les arrestó y declaró culpables de crímenes contra la moral; que a algunos sacerdotes se les encarceló aun por dar refugio a los "comunistas" en Alemania; que al parecer Hitler se volvía contra sus mejores apoyos dentro de la jerarquía católica, notablemente el cardenal Innitzer y el obispo de Salzburgo, los cuales habían firmado el manifiesto de la jerarquía católica dando la bienvenida a Hitler en Austria, al efectuarse el Anschluss; que a los sacerdotes se les quitó de las manos en Austria la educación escolar pública; que el Partido Centrista Católico padeció hostilidad y que su jefe, el Dr. Klausener, fue asesinado en la sangrienta purga hecha por Hitler el 30 de junio de 1934. Estos hechos se confundieron erróneamente en los Estados Unidos con lo que se dio en llamar la lucha de Hitler contra las iglesias. El público norteamericano no se percató de que Hitler, al perseguir y eliminar a los elementos antifascistas de la Iglesia Católica Romana, obraba paralelamente al elemento jesuíta que en el seno de la Iglesia deseaba obtener los mismos resultados, y lo ayudaba y alentaba.

Todo regreso al autoritarismo en Europa ha sido precedido siempre por la limpia brutal de miembros liberales y heréticos dentro de la propia Iglesia Católica. Las cruzadas de la Edad Media se iniciaron con la persecución de los judíos y una purga de miembros católicos heréticos de la Iglesia. Sucedió lo mismo en los comienzos de las guerras de religión instigadas por los jesuítas en el siglo 17. La ideología antisemita del nazifascismo, su actividad antimasonica y antidemocrática, sus mismos métodos de propaganda, fueron tomados de la Orden Jesuíta. Como en los tiempos de la Inquisición, la Iglesia Católica simplemente se sirvió de la Ovrá y la Gestapo de los regímenes fascista y nazi como su "brazo secular, para librar al catolicismo de sus propios elementos recalcitrantes que se habían inficionado de ideas liberales y protestantes durante los años que sucedieron a la guerra. Por otra parte, el fascismo y el nazismo proporcionaron a la Iglesia Católica una nueva arma para llevar a victoriosa conclusión su guerra cuatro veces centenaria contra el protestantismo y las instituciones liberales que éste había producido en el orden social, y a las que se les había permitido un campo de acción más amplio que nunca para extender su odiosa herejía desde la caída de la monarquía alemana en 1918.

La purga se llevó a cabo, con ambos propósitos, de acuerdo con los métodos tradicionales de la estrategia jesuíta, y que consiste en lo que ahora conocemos con el nombre de penetración de la quinta columna, o sea el empleo de grupos e instituciones de forma democrática con el fin de derrocar la democracia desde adentro. El doctor Joseph Goebbels, educado por los jesuítas, y portavoz y principal propagandista de Hitler, expresó en esta forma ese método: "Será siempre lo más chistoso del sistema democrático el haber proporcionado él mismo a sus enemigos mortales los medios de destruirlo," De la misma manera que Mussolini y Hitler se sirvieron de partidos y "elecciones" democráticos para hacer que la democracia se suicidara, el Vaticano utilizó su Partido Popular católico en Italia, encabezado por el sacerdote liberal Don Luigi Sturzo, y el Partido Centrista católico en Alemania, dirigido por monseñor Kass, para cerrar tratos con los dictadores. Luego, al disolver arbitrariamente ambos partidos, el Vaticano eliminó el último obstáculo que se interponía a los dictadores en su elevación al poder. Con el mismo golpe, el Vaticano disolvió los últimos centros que quedaban de la acción política laica y católica dentro de

la propia Iglesia. De ahí en adelante, el Papa fue el dictador absoluto de la Iglesia, tanto en lo político como en lo espiritual. Según se estipulaba en la organización de la .Acción Católica, sólo el Papa podía ahora entrar en acuerdos políticos directos con los dictadores.

La confusión popular en los Estados Unidos con respecto a las relaciones entre la Iglesia Católica y el fascismo se Ka debido a que se ignoran los manejos internos de la Iglesia Católica, la cual jamás ha seguido el sistema rígidamente uniforme que generalmente se supone. Pero fue con objeto de hacerla así rígidamente uniforme, y ponerla al paso del “nuevo orden” nazifascista, por lo que el papa Pío XI estableció la Acción Católica. A ese fin dedicó su encíclica sobre el Trabajo en 1931, intitulada Quadraesimo Anno, cuyo subtítulo es "Sobre la Reconstrucción del Orden Social. Porque dentro de la Iglesia Católica siempre ha habido un elemento reaccionario predominante, enzarzado en mortal combate con grupos liberalizantes opuestos.

Estas dos facciones chocaron dentro de la Iglesia Católica al mismo tiempo que culminaba el conflicto, dentro del orden social y político, entre las ideologías opuestas del fascismo y la democracia, después de la Primera Guerra Mundial. Había muchas esperanzas, tanto dentro de la Iglesia como en los países europeos, de que el liberalismo y la democracia pudieran atrincherarse firmemente en Europa, y que, al par con ello, los elementos liberales de la Iglesia Católica forzaran al Vaticano a cambiar su política reaccionaria. Pero esos elementos liberales perdieron la batalla, y entonces el intransigente partido jesuíta procedió a amarrar la política del Vaticano a la de los dictadores. "Fascistizó" a la Iglesia Católica y la convirtió en el ejemplo y pronta colaboradora de todos los candidatos a dictadores en el orden económico y social entre todas las naciones de Europa, lodo el mundo ha visto claramente ahora cuan bien aprendieron la lección Mussolini, Hítler, Franco y sus imitadores de menor categoría en Europa. Hoy ya no existe duda alguna de que la idea de "totalitarizar el cuerpo entero de una nación por medio de la despiadada intolerancia de un organismo dominador dentro de la organización mayor, se tomó del sistema jesuíta instalado en la Iglesia Católica. Especialmente Hítler alaba este sistema jesuíta intolerante de la Iglesia Católica en su Mein Kampf, y dio instrucciones a su Partido Nacionalista de seguir ese modelo⁸.

El dogma de la infalibilidad papal, decretado en 1870, fue el más severo golpe sufrida por los elementos liberales de la Iglesia Católica. Los muchos obispos y otros católicos que se habían opuesto no tuvieron otro recurso que someterse posteriormente a él, y su forzada y tardía sumisión ha sido llamada acertadamente en Roma, "sacrifizio dell' inteíeíío", urt sacrificio intelectual. Muchos obispos de diversas partes del mundo se vengaron prohibiendo a los jesuítas trabajar en sus diócesis. Pero los mismos jesuítas se encargaron de promover la substitución de dichos obispos por otros que rescindieron desde luego tal prohibición. Todavía en 1910 los obispos de Alemania se oponían al reingreso de los jesuítas a dicho país. Pero desde entonces los jesuítas se han posesionado de la dirección del Couegio Germánico de Roma, y de esa manera pueden manejar el nombramiento de sacerdotes y obispos alemanes que convengan para sus planes. Los jesuítas también se encargan de nacer que los papas sean electos de entre los cardenales comprometidos a seguir su política y a quienes se les puede mantener en línea, después de su ascensión a la Santa Sede, mediante la estrecha vigilancia y colaboración de sus consejeros jesuítas. Esta presión jesuíta ejercida durante recientes cónclaves para las elecciones papales dio lugar a tan virulentas controversias, que el finado papa Pío XI, que era pro jesuíta, impuso un juramento de silencio perpetuo a todos los que en el futuro estuvieran presentes en dichos cónclaves.

⁸ Cf. Hitler, Adolf, Mein Kampf, págs. 478, 484, 487, 882; también Lehmann, Leo H., The Catholic Church in Hitler's-Mein Kampf. ut supra.

Todos estos antecedentes aparejaron el camino para el apoyo del Vaticano al fascismo que vino después. Hubo una demora de siete años antes de que el Papa firmara el Tratado de Letrán con Mussolini. Las razones de esa demora fueron las siguientes: 1) asegurarse de que el régimen fascista de Mussolini se sostendría; 2) dar tiempo a las negociaciones secretas con el nuevo régimen sin sorprender y alarmar al resto del mundo católico. Pero desde un principio Mussolini le hizo al Vaticano muchos favores. Uno de sus primeros actos, tras ascender al poder en 1922, fue poner a salvo la situación financiera del Vaticano evitando la bancarrota del Banco di Roma donde el Vaticano tenía invertidos la mayor parte de sus fondos. Al firmar el Pacto de Letrán, Mussolini pagó al Papa 750,000,000 de liras en efectivo y un billón de liras en bonos del Estado Fascista. Esto selló las ligas del Vaticano con el Estado Fascista.

Sin embargo, no hubo demora alguna cuando se trató del acuerdo del Vaticano con el régimen nazi de Hitler. Se apoderó éste del gobierno en enero de 1933, y el Vaticano fue la primera potencia soberana que entabló negociaciones formales con él. Seis meses más tarde, el 20 de julio del mismo año, el cardenal Pacelli, posteriormente papa con el nombre de Pío XII, que en aquel entonces era nuncio papal en Alemania, estampó su firma junto a la de Franz von Papen al pie del Concordato del Vaticano con el Tercer Reich de Hitler.

Es de mucha importancia tener presente que fue únicamente después de que ambos dictadores habían firmado solemnes acuerdos con el Vaticano, cuando, teniendo aseguradas las bendiciones del Papa, se lanzaron a su larga serie de agresiones, comenzando con Munich hasta su conquista de Europa. Sin el apoyo completo del Vaticano, Mussolini jamás hubiera osado iniciar sus agresiones, primero contra la indefensa Etiopía, y, más tarde, en conjunción con Hitler, contra la España republicana. Ambas aventuras recibieron la bendición de la Iglesia y se aseguraron así el buen éxito. Había comenzado ya con ellas la Segunda Guerra Mundial.

Y no debe pasarse por alto la semejanza que existe entre las violentas condenaciones lanzadas contra las libertades democráticas por papas recientes, y las que Hitler profirió en Mein Kampf, pues según parece no son una simple coincidencia⁹.

⁹ Cf. The Catholic Church in Hitler's Mein Kampf, por L. H. Lehmann.

LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA Y LA GUERRA MUNDIAL II

LA activa colaboración del Vaticano con las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial puede verse mejor en cada uno de los países de que aquellas se apoderaron, ora por fanfarronadas políticas, ora por la blitzkrieg. Las pruebas de esa colaboración se presentan en seguida, país por país, en el orden nombrado.

Etiopía

Que la conquista fascista de Etiopía se planeó tanto para el engrandecimiento de la Iglesia Católica como para la expansión colonial italiana, lo deja bien en claro la siguiente declaración del cardenal Schuster, arzobispo de Milán, hecha el 25 de octubre de 1935:

En estos momentos, la bandera italiana lleva en triunfo la cruz de Cristo a Etiopía para allanar el camino de la emancipación de los esclavos y abrir al mismo tiempo ese país a nuestra propaganda misionera.

Dos meses más tarde, el 22 de agosto, el mismo día en que se reunía la Liga de las Naciones para tratar del ataque fascista contra Etiopía, el Osservatore Romano, periódico oficial del Vaticano, informó que 57 obispos y 19 arzobispos de Italia habían enviado conjuntamente el siguiente telegrama a Mussolini:

La Italia católica da gracias a Jesucristo por la renovada grandeza del país, al cual hace más fuerte la política de Mussolini.

El papa Pío XI dio a entender que la guerra que la Italia fascista libraba contra Etiopía, de ninguna manera podía interpretarse como una guerra de conquista. El día en que las tropas fascistas entraron a Addis Abeba, el Papa saludó el victorioso fin de la guerra como un triunfo que "iniciará una verdadera paz en Europa y el mundo."¹⁰ Hizo repicar con la gran campana de San Pedro, para celebrar la victoria, y después felicitó a la Reina de Italia como "Emperatriz de Etiopía," al enviarle la famosa Rosa de Oro. Cuando Su Santidad Matías, jefe de la Iglesia Coptica de Etiopía, fue arrestado, embarcado a Italia y sumido en una cárcel de Venecia, el papa Pío XI ni siquiera se dignó darse por enterado.

España

Puede juzgarse del papel tan vital desempeñado por la Iglesia Católica en la victoriosa rebelión de Franco en contra de la República Española, por las declaraciones unidas de la jerarquía española: 1) condenando la Constitución democrática de España en 1931, poco después de ser promulgada, en documento firmado por tres cardenales, y unos sesenta arzobispos, obispos y otros preladados; 2) después del triunfo de Franco, en un manifiesto de la jerarquía española, encabezada por el cardenal Goma, en elogio del régimen franquista.

¹⁰ New Times and Ethiopia News, octubre 31, 1936.

En la primera declaración, en que se condenaba al gobierno democrático de España, publicada en Madrid el 6 de agosto de 1951, y citada por el New York Times al siguiente día, se hacía el resumen de todas las violentas condenaciones proferidas por los papas del siglo XIX contra las libertades democráticas: la libertad religiosa, la libertad de palabra, prensa, y reunión, la separación de la Iglesia y el Estado. Y puesto que se reconocía en ese tiempo que la nueva Constitución española había tenido como modelo la de los Estados Unidos, los obispos españoles hicieron hincapié en citar la advertencia del papa León XIII de que es erróneo pensar que las condiciones que existen en los Estados Unidos pueden ser aprobadas por los católicos:

Para probar que no es así—declaraban los obispos españoles— leed lo que León XIII decía a los arzobispos y obispos de Norteamérica: "Es necesario destruir el error de aquellos que creerían, tal vez, que la situación de la Iglesia en los Estados Unidos de América es deseable, y también el error de quienes creerían que, a imitación de tal cosa, la separación de la Iglesia y el Estado es legal y aun conveniente."

En su total condenación del régimen republicano español, la jerarquía hizo empeño especial de recordar a todo el mundo que el papa Gregorio XVI llamó a esas libertades de palabra, prensa y religión, locura que el papa Pío IX las llamó 'libertades de condenación'; y que "León XIII dijo que 'más que libertades, son libertinismo.'

Todavía prueba más concluyente de la identidad de los intereses católicos y franquistas en España fue el segundo manifiesto de la jerarquía española aplaudiendo la destrucción de la República Española por Franco. En el New York Times de agosto 7, 1938, John V. Hinkel informó de la publicación, en Burgos, de un libro de 50,000 palabras, dirigido al cardenal Goma, Primado de España, por cerca de 900 cardenales, arzobispos y obispos" de todo el mundo, en apoyo del manifiesto de la jerarquía española en favor de Franco. Este esfuerzo concertado de la jerarquía católica en todo el mundo recibió la especial aprobación del Papa. Dice Hinkel:

Que la empresa tenía la aprobación plena del papa Pío XI se indica en un prefacio en forma de carta dirigida al cardenal Goma por el cardenal Pacelli, Secretario de Estado del Papa (y más tarde papa Pío XII). En dicha carta, el cardenal Pacelli felicita al Primado español, en nombre del Papa, por esa "nueva y tangibilísima prueba de infatigable celo así como de filial devoción al Padre de la Cristiandad."

El cardenal Goma, según se declara en ese libro, aseguró a Franco el completo apoyo de la Iglesia Católica en su lucha contra los leales. "Estamos en completo acuerdo con el Gobierno Nacionalista", dice el cardenal, "el cual, por otra parte, no da ningún paso sin consultarme y obedecerme." "Era un deber," sigue diciendo el libro, "proclamar ante aquellos que sentían dudas y recelos en el extranjero, la inspiración profundamente católica de nuestros generales y voluntarios en el frente, así como los motivos cristianos de nuestro gobierno."

Dos prelados españoles de alto rango se negaron a firmar el manifiesto arriba mencionado en favor del régimen de Franco. Fueron el cardenal Vidal y Barraquer, de Tarragona, y el Obispo de Vitoria. Como consecuencia, ambos fueron desterrados, y el cardenal murió en exilio en Suiza, en septiembre de 1943. Ni aun los más altos dignatarios de la Iglesia Católica pueden escapar a la venganza del partido jesuíta que predomina en la Iglesia Católica.

Después de haber Franco tomado Madrid y dado fin así a la lucha en España, el actual papa Pío XII envió el siguiente mensaje a los vencedores:

Con gran gozo nos dirigimos a vosotros, queridísimos hijos de la España católica, para expresaros nuestra paternal felicitación por el don de paz y victoria con que Dios ha escogido coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probados en tanto y tan generoso sufrimiento ... (Volee of Spain, No. 103, marzo 22.1941, pág. 410)¹¹

No fue sin promesas de lucro como el Vaticano inició y apoyó la rebelión de Franco en contra del gobierno electo de la República Española. La victoria de Franco restauró el presupuesto Eclesiástico del Estado, equivalente a 65,000,000 de pesetas anuales, con una asignación extra por concepto de reparaciones a los seminarios, las bibliotecas y las iglesias. Se devolvió la propiedad de los jesuitas españoles que, según cálculos, llegaron en un tiempo a ser una tercera parte de la riqueza de la nación. Antes del establecimiento de la República Española, los jesuitas recibían utilidades no solamente de empresas como los más lucrativos mercados de pescado, sino también los más alegres y caros cabarets de España¹².

Debido a la guerra de Franco en contra de la República Española, que según todos admiten hoy fue el preludio de la Guerra Mundial II, la Iglesia Católica alcanzó su meta cuando menos en España, donde en la actualidad la Iglesia Católica Romana es la única que disfruta de situación legal. Como lo expresa un informe remitido a nuestro Departamento de Estado por el Embajador de los Estados Unidos en Madrid, en 1942: "las iglesias protestantes para españoles no tienen existencia legal ni gozan de garantías oficiales."

Italia

Lewis Mumford fue uno de los pocos norteamericanos que descubrieron, pero hasta 1940, que la Segunda Guerra Mundial comenzó con la firma del Pacto de Letrán entre el Papa y Mussolini, en 1929. En su libro, Faith for Living, pág. 160, dice:

Los intérpretes políticos han fijado varias fechas como el comienzo del levantamiento fascista contra la civilización; pero la mayoría de ellos no van más allá de 1931, Curiosa ceguera esa; la traición al mundo cristiano tuvo lugar, muy claramente, en 1929, en el Concordato que se efectuó entre Mussolini y el Papa.

Fue el papa Pío XI quien realmente hizo subir al poder a Mussolini y su fascismo en Italia. Sin la protección de alguien todavía superior al Rey, Mussolini no hubiera podido convertirse en dictador de Italia de la noche a la mañana. La "Marcha sobre Roma" de los fascistas fue un desfile desairado (Mussolini fue a Roma en ferrocarril); Il Duce no tenía ni siquiera para comprar un traje de etiqueta para su entrevista con el Rey, y las pocas armas de fuego que sus seguidores poseían fueron alquiladas y pagadas por otros. Con un solo regimiento de la guarnición de Roma hubiera bastado para barrer por completo con la mascarada fascista. Pero el recién electo papa Pío XI, obseso con el miedo a la revolución mundial soviética, había reconocido a Mussolini como "enviado por la Providencia, como el hombre justamente adecuado

¹¹ Todavía el 18 de noviembre último, el papa Pío XII, en un mensaje en español, dirigido por radio a España, decía: "...como prueba de afecto, impartimos nuestra bendición al jefe de vuestro Estado" (es decir, a Franco). (Versión de la Prensa Asociada, Excélsior, México, noviembre 19, 1945. N. del Trad.)

¹² Brenan, Gerald, The Spanish Labyrinth, pág. 48.

para salvar a Europa del bolchevismo y restaurar el dominio universal de la Iglesia Católica Romana. Cuando era todavía el cardenal Ratti, arzobispo de Milán, Pío XI había conocido y estudiado a Mussolini en aquella ciudad industrial, y en una ocasión lo hizo ocupar, junto con una banda de sus Camisas Negras, siales de honor en Il Duomo, su catedral de Milán. William Teeling, autor católico irlandés (en su *The Pope in, Politics*, pág. 28), que conoció al papa Pío XI personalmente, lo describe como "... más un Mussolini y dictador autócrata que el propio Mussolini. Pierre van Paassen (*Days of Our Years*, págs. 187-88) nos cuenta del alivio que sintió el papa Pío XI después de la llegada de Mussolini a Roma: "Monseñor von GerlacK me dijo, en tono confidencial, que la noche que siguió a la llegada del Duce a Roma, el Santo Padre durmió en paz por primera vez en muchos meses."

El Tratado Laterano y el Concordato con Mussolini consumaron la unión entre el Vaticano y el Fascismo. La Iglesia Católica se convirtió en Iglesia Nacional de Italia, con incontables privilegios de protección oficial para el clero y las órdenes religiosas. Se introdujo la instrucción católica en todas las escuelas y el Estado reconoció los matrimonios efectuados según la Ley Canónica. Sólo se nombrarían obispos aceptables a Mussolini, y se exigía a todos los obispos prestar el siguiente juramento al Estado Fascista:

Juro y prometo no participar en ningún acuerdo ni estar presente en reunión alguna que pueda causar daño al Estado Italiano y el orden público, y que no permitiré que mi clero lo haga tampoco. Atendiendo al bien e interés del Estado Italiano, procuraré evitar todo daño que pueda amenazarlo.

El papa Pío XI esgrimió una poderosa carta de regateo sobre la cabeza de Mussolini mediante el dominio ejercido sobre los destinos del Partido Popular católico, cuyo jefe era el sacerdote liberal Don Sturzo. Teeling nos asegura (en *The Pope and Politics*, pág. 104) que los fascistas" se daban perfecta cuenta de que el 'único partido demasiado poderoso para ellos en Italia era el Partido Popular, que era esencialmente católico." Sin embargo, Pío XI no sentía amor alguno por el Partido Popular, especialmente desde que éste se había declarado, en su última convención, partidario de la libertad individual. Si el Papa hubiera querido, habría podido derrotar al fascismo en Italia simplemente apoyando a este partido católico. Pero todo el plan de acción de Pío XI consistía en combinarse con el fascismo para acabar con toda traza de democracia tanto en el Estado como en la Iglesia; sólo destruyendo toda representación católica laica en la política podía el Papa entrar en trato con los dictadores pasando por encima del pueblo. Así pues el Partido Popular fue disuelto con el fin de que el fascismo pudiera atrincherarse en Italia, y el 5 de junio de 1925 se obligó a Don Sturzo a entregar al papa Pío XI su renuncia y a marchar al exilio.

En los años que siguieron inmediatamente a la firma del Pacto Laterano (o de Letrán), surgieron desacuerdos entre Mussolini y el Papa. La rivalidad entre los dos dictadores, el de la Iglesia y el del Estado, culminó en una rencilla abierta en 1951. Entre las principales causas de esta querrela entre amantes estaba la cuestión de interpretar quién de los dos debía ejercer el dominio supremo sobre la educación. El Papa insistía en que los sacerdotes debían dominar virtualmente y por completo en la vida y programas de trabajo de las escuelas. Destinada también para el consumo de los norteamericanos, se hizo pública la siguiente declaración categórica del Papa:

El derecho pleno y perfecto de educar no pertenece al Estado sino a la Iglesia, y el Estado no puede impedir o restringir a ésta en el ejercicio y cumplimiento de su derecho o confinarla a la enseñanza subvencionada de la verdad religiosa.

El papa Pío XI consideraba también que la interpretación de Mussolini al Concordato era demasiado condescendiente con la libertad de las demás religiones en Italia. Pío insistía en que las otras religiones no tenían ningún derecho en Italia, y que se les permitía "el culto simplemente por razones de expediente. "En un Estado católico," decía Pío, "la libertad de conciencia y discusión debe entenderse y practicarse de acuerdo con enseñanza y ley católicas," las cuales la suprimen. También sostenía que no podía permitirse ninguna crítica a la religión católica, y que los términos del Concordato demandaban el castigo legal de toda discusión de la religión que pudiera fácilmente extraviar la buena fe de los menos ilustrados. Mussolini mismo, en 1930, había dado una nueva redacción al Código Criminal, y en el artículo 402 había decretado el castigo por encarcelamiento de todo aquel que vituperara "la religión del Estado."

Pío XI expuso estas quejas en su encíclica *Non abitamos bisogno* ("No tenemos necesidad . . ."), en que llegó a amenazar con el repudio del Tratado Laterano y causar así la caída del Estado que depende de la Ciudad del Vaticano para su existencia." Pero no sucedió tal cosa, y seis meses después quedó zanjado el pleito. Después de 1931, dice van Paassen (*Daysy of Our Years*, pág. 463), poco volvió a oírse de rozamientos entre ambos, circunstancia que propendería a demostrar que desde entonces ha tenido lugar una vaticanización gradual de Italia a la vez que una fascistización del Vaticano. La única otra vez en que un Papa se quejó de algún acto del fascismo, fue cuando el actual papa Pío XII expresó su mortificación por el hecho de que Mussolini escogiera el Viernes Santo (1939) para invadir Albania.

El cardenal Gasparri, hablando ante un Congreso Eucarístico en Sulmona, poco antes de que Hitler subiera al poder en Alemania, dio su aprobación al régimen fascista de Mussolini con las siguientes palabras:

El gobierno fascista de Italia es la única excepción a la anarquía política de gobiernos, parlamentos y escuelas en todo el mundo.

Hasta el finado cardenal Hinsley, de Londres, reputado en Inglaterra y los Estados Unidos como pro democrático, se sintió obligado a admitir (según noticia de *The Catholic Times*, de Londres octubre 18, 1935) : "Si el fascismo es vencido, no hay nada que pueda salvar al país del caos. La causa de Dios se pierde con él."¹³

¹³ Que el Vaticano, después de la ruidosa caída del fascismo y el fin terrible de Mussolini, trata ahora de sacar antes sus planes al amparo de la nueva situación en Italia, y a pesar de las corrientes democráticas y radicales que ahí imperan al presente, se ve claramente por la siguiente declaración del cardenal Elia Dalla Costa, arzobispo de Florencia, hecha el 23 de octubre último en la inauguración de la Semana Social Católica: "En nuestra opinión, en la nueva Constitución se deberá mantener el principio afirmado por el primer artículo del Estatuto de 1848, según el cual la religión católica, apostólica, romana es declarada religión de Estado." E invitó a los italianos, sobre todo a las mujeres, a participar en las elecciones llevando el propósito de que se logre tal cosa. (Cable del Servicio de Información Francesa, octubre 23, 1945). (N. del Trad.)

Alemania

La política papal de los últimos cien años se basa en la firme convicción de que para mantener la preeminencia de la Iglesia Católica Romana en la cristiandad, es esencial la existencia de una poderosa Alemania militarista y autoritaria. Puede hallarse evidencia de ello en las Memorias del finado Kaiser Guillermo¹⁴, en las cuales refiere su visita al papa León XIII. Van a continuación las propias palabras del Kaiser:

Me interesó que el Papa me dijera en esta ocasión que Alemania debe convertirse en la espada de la Iglesia Católica. Hícele notar que ya hacía mucho que había dejado de existir el viejo Imperio Romano de la nación alemana, y que las condiciones habían cambiado. Pero él se aferró a sus palabras.

Lo que León XIII trataba de hacerle entender claramente al Kaiser era que el Santo Imperio Romano tendría que restaurarse por la fuerza de la guerra, única manera de poder lograrlo. Esa guerra se libraría con el fin de lograr dos objetivos: 1) expulsar de la Europa occidental la influencia protestante británica y masónica; y 2) la federación de todos los estados centrales europeos formando un baluarte inexpugnable contra la invasión rusa y eslava desde el oriente. Estos mismos fueron los fines declarados de Hítler, según testificó en este país no otro que el jesuíta Edmund Walsh, director de la Escuela jesuíta de Diplomacia, en Washington, D. C. El New York Times, de febrero 17 de 1940, reseñó las siguientes declaraciones hechas por él en un discurso público pronunciado en la capital nacional:

El doctor Edmund A. Walsh, regente de la Escuela de Servicio Exterior, de la Universidad de Georgetown, bosquejó esta noche los fines de guerra alemanes interpretándolos como el restablecimiento del Santo Imperio Romano. El doctor Walsh dijo que había oído decir al propio Adolfo Hítler que era necesario restablecer el Santo Imperio Romano, que era un imperio alemán.

Todavía el 9 de octubre de 1945, el New York Post informaba que este mismo padre Edmund Walsh y sus coinstructores de la Escuela (jesuíta) para el Servicio Exterior (diplomático) estaban enseñando a clases del ejército de los Estados Unidos que "a única solución del problema alemán era revivir el Santo Imperio Romano."¹⁵

Nadie ha entendido esto con mayor claridad que el actual papa Pío XII. Su biógrafo católico oficial, Kees van Hoek, admite abiertamente el pro germanismo del pontífice. "Siempre se ha conocido al cardenal Pacelli," dice, "por sus rigurosas inclinaciones pro alemanas." Pacelli fue Nuncio Papal en Munich, de 1917 a 1925, y en Berlín, de 1925 a 1929, año este último en que fue nombrado Secretario Papal de Estado del papa Pío XI. El vizconde D'Abernon, primer embajador británico ante la República de Weimar, llama al cardenal Pacelli en sus memorias "el hombre mejor informado del Reich." Pacelli conoció y estudió de primera mano a Hítler y su Partido Nazi, y se hallaba en Munich cuando apareció ahí la primera edición de Mein Kampf. A los seis meses de subir Hítler al poder, en 1933, Pacelli firmó el Concordato de! Vaticano con el

¹⁴ Cf. The Kaiser's Memoirs, por Guillermo II, traducidas al inglés por Tilomas R. Ybarra, Harper & Bros., N. Y., 1922, pág. 211.

¹⁵ Sin embargo, es este mismo prominente jesuíta, padre Edmund Á. Walsh, actual vicepresidente de la Universidad de Georgetown, uno de los que forman parte del personal de consejeros del fiscal norteamericano Robert H. Jackson, en el juicio de Nuremberg contra los veinte cabecillas nazis juzgados como "criminales de guerra". (N. del Trad.)

Tercer Reich de Hitler. El Annual Register, publicación británica, en su volumen de 1955, pág. 169, atribuye en gran parte la elevación de Hitler al poder a que la clase media católica del occidente y el sur de Alemania afluyó, en gigantesco número, al Partido Nazi." Los elementos católicos liberales de Alemania desfogaron su desagrado hacia el régimen de Hitler y objetaron a las ligas del Vaticano con él. Pero la católica Revue des Deux Mondes, de enero 15, 1955, informó que se habían enviado órdenes a todos los obispos alemanes de que cesara toda hostilidad católica a Hitler. En agosto de 1956, todos los obispos alemanes, en su conferencia anual de Fulda, emitieron una carta pastoral, que declaraba en parte:

No es necesario extendernos hablando de la tarea para emprender la cual han sido llamados nuestro pueblo y nuestro país. Que nuestro Fuehrer, con la ayuda de Dios, triunfe en esta obra extraordinariamente difícil...

Nuevamente en agosto de 1940, cuando Francia y la mayor parte de Europa se hallaba bajo la bota de Hitler, los obispos alemanes promulgaron otra carta pastoral en Fulda, la cual, según un despacho al New York Times, procedente de Berlín, fechado el 27 de ese mes, contenía ' un voto solemne de lealtad al Canciller Hitler." Como en aquella época las victorias de Hitler parecían prometer a los obispos una pronta terminación de la guerra, se ordenó que esta carta pastoral fuera leída desde todos los pulpitos católicos en esos días. En aquella ocasión se hallaban presentes en Fulda cuarenta y cinco de los cuarenta y ocho obispos de Alemania, y les acompañaba monseñor Orsenigo, Nuncio Papal ante la Alemania nazi.

Fritz Thyssen, magnate católico del acero, en su libro, Yo Pagué a Hitler, publicado en los Estados Unidos en 1940, afirma que el plan completo del Nacionalsocialismo de Hitler, (según él lo entendió) consistía en establecer una confederación de países europeos centrales bajo un monarca católico. Cuando escapó a Suiza en 1940, Thyssen publicó un artículo en el periódico de este último país, el Aroeiterzeitung, intitulado: "Pío XII, siendo Nuncio, Llevó a Hitler al Poder." "La idea," decía Thyssen, "era establecer una especie de Estado Cristiano Corporativo, organizado de acuerdo con las clases, y el cual sería sostenido por las iglesias en el Occidente por la católica y en el Oriente por la protestante y por el ejército.

Poco después que Hitler incorporó, por la fuerza, a Austria y Checoslovaquia a su Gran Alemania, prominentes voceros católicos hicieron activa propaganda en los Estados Unidos a este plan de restauración del Sacro Imperio Romano. El juez Herbert O'Brien, escribiendo en el New York Herald Tribune de marzo 29 de 1938, aplaudía las conquistas de Hitler como "reajuste natural de Europa" y amonestaba a los Estados Unidos a no intentar unirse con Gran Bretaña y Francia para detenerlo. Una guerra con tal propósito, declaraba O'Brien, sería injusta, puesto que su objeto sería oponerse a ciertos ajustes políticos y alterar confederaciones que habían existido durante muchas generaciones anteriores al (primer) gran conflicto mundial." Y añadía:

La oposición a este ajuste de los pueblos alemanes con algunos grupos del antiguo Imperio Austríaco . . . proviene de Inglaterra y Francia. Estas dos naciones han expresado su agrio resentimiento por estos cambios, estimándolos una perturbación del "equilibrio del poder" en Europa; temen que Alemania, junto con una Austria reunida, coloque a los pueblos alemanes en el predominio, y con suficiente fuerza para mantener esa posición, y que, aliándose con Italia, ponga fin a la exclusiva supremacía de la Gran Bretaña en el Mediterráneo, afectando directamente también el futuro dominio exclusivo de dicha potencia en la India, Egipto y las colonias británicas del África.

Lo que los Estados Unidos presencian hoy es la reunión normal de esas varias partes para formar la original y viva estructura. Tenía que suceder así. Imposible estorbarlo. En justicia para con los 100 millones de habitantes de la Europa Central, ¿por qué razón habría de tratar alguien de impedirlo?

Este mismo juez O'Brien ha sido uno de los más acérrimos partidarios del padre Coughlin.

En su libro *Church and State in Germany* (La Iglesia y el Estado en Alemania), distribuido copiosamente en este país por la Biblioteca Alemana de Información, Frederick F. Schrader reproducía el texto oficial del Concordato Vaticano-Hítler y citaba la conclusión de una revista del mismo, aparecida en Alemania, el periódico católico de más influencia en Alemania, como sigue:

Estaba reservado a la constelación formada por Adolf Hítler, Franz von Papen y el cardenal Pacelli, el renovar los antiguos vínculos entre el Reich y la Iglesia.

Porque este Concordato entre el Vaticano y Hítler fue el primer acuerdo supremo entre la Iglesia Católica Romana y Alemania después de más de 100 años. Tales vínculos no podían haberse renovado con un gobierno democrático ejerciendo el poder en Alemania, puesto que mediante ellos se asociaban un Estado autoritario y una Iglesia autoritaria.

Franz von Papen, que firmó junto con el papa Pío XII, el Concordato del Vaticano con el Reich de Hítler, hizo el resumen de la política Vaticano-Hítler (en el *Der Voelkischer Beobachter*, enero 14, 1934) con las siguientes palabras:

EI TERCER REICH ES LA PRIMERA POTENCIA QUE NO SOLO RECONOCE SINO TAMBIÉN PONE EN PRACTICA, LOS ALTOS PRINCIPIOS DEL PAPADO.

Checoslovaquia

El Vaticano ha estado en conflicto con la nación checa desde que Juan Huss, a quien quemaron por hereje en 1415, levantó entre su pueblo el espíritu de rebeldía contra la supremacía papal. Pero la indomable voluntad de independencia y libertad del pueblo checo jamás ha sido aplastada, a pesar de los siglos de opresión y sangre que fueron el resultado de esta contienda con el Papado.

No era de esperarse, por tanto, que el Vaticano favoreciera y apoyara el progreso de la prometedora y joven democracia checoslovaca, formada después de la Primera Guerra Mundial. El padre Hlinka, jefe del partido vaticanista en Eslovaquia, se lanzó inmediatamente a la obra de minar los cimientos de la nueva República, y con sus "Guardias de Hlinka" allanó el camino para que su sucesor, monseñor Josef Tiso, la entregara en manos de Hítler en 1938. El pueblo eslovaco no tuvo parte alguna en la declaración de una Eslovaquia independiente, acto por el cual la República Checoslovaca fue desmembrada y absorbida por Hítler. Eso fue exclusivamente la obra de los políticos del Vaticano y de las guardias armadas de Hlinka que inundaron el país y aplastaron, con una crueldad nazi, todo intento de resistencia. Su jefe, el sacerdote Josef Tiso, se convirtió en gobernante pelele bajo Hítler y más tarde en 'Presidente de Eslovaquia. Poco después el papa Pío XII lo nombró Chambelán Papal, con el título de Monseñor.

Jamás ha habido duda alguna sobre las ligas de la Iglesia Católica con el nazismo por lo que respecta al Estado pelele de Eslovaquia creado por Hítler. Según un despacho enviado al New York Times desde Bratislava, el 28 de agosto de 1940, el Primer Ministro Volpetch Tuka declaró públicamente que "el sistema gubernativo de Eslovaquia será en el futuro una combinación de nazismo alemán y catolicismo romano." El propio monseñor Tiso declaró que el catolicismo y el nazismo tienen mucho en común, y trabajan mano con mano en la reforma de este país. Una de las primeras reformas fue emprender un cruel antisemitismo. En una entrevista con el semanario alemán Neue Ordnung, el 22 de diciembre de 1941, Tiso declaró que el antisemitismo de Eslovaquia era justificado por el "amor a nuestro pueblo" y por la causa del nazismo. "Todo lo que emprendemos contra los judíos," decía, "se hace por amor a nuestro propio pueblo; el amor al prójimo y el amor a la patria se han desarrollado hasta producir una fructífera lucha contra los enemigos del nazismo." Para 1941, la Eslovaquia de Tiso podía alardear de ser el primer país del mundo libre de judíos.

La radio del Vaticano transmitió en 1940, cuando la victoria mundial del nazismo parecía cierta, lo siguiente¹⁶:

El anuncio hecho por monseñor Tiso, jefe del Estado. eslovaco, de su intención de reconstruir a Eslovaquia de acuerdo con un plan cristiano, ha sido recogido con gran beneplácito por la Santa Sede. La nueva organización del Estado se basará en el sistema corporativo que tan buen éxito ha tenido en Portugal. .. Esto, que viene tan poco después de la declaración del mariscal Pétain, de que se propone por su parte reconstruir a Francia sobre bases cristianas, es motivo de doble beneplácito.

Que monseñor Tiso y su Estado pelele nazi continuaron disfrutando del favor del Vaticano se demostró por las especiales saluciones de Año Nuevo que le envió el papa Pío XII en 1945.

Fue este mismo monseñor liso, Presidente sacerdote de Eslovaquia, quien firmó la declaración de guerra de ese país contra los Estados Unidos.¹⁷

Austria

La católica Austria fue el primer país del cual se apoderó descaradamente Hítler. El camino para lograrlo se lo habían aparejado plenamente durante un buen número de años anteriores, las fuerzas clericales fascistas de su país de origen: primeramente, por monseñor Ignaz Seipel, luego por Dollfuss, que le dio a Austria su régimen corporativo fascista, y finalmente por Schuslirigg, que entregó el país a Hítler en 1938. La transición del fascismo marca Dollfuss al nazismo de Hítler fue un paso fácil y natural. William Teeling, autor católico, en su Crisis for Christianity (Crisis para el cristianismo), pág. 290, describía el verdadero estado de cosas en Austria por aquellos días, en la siguiente forma:

¹⁶ Según reseña del Tablet, de Londres, que es el periódico católico más importante de Inglaterra, en su número de 27 de julio de 1940.

¹⁷ Aprehendido por tropas aliadas, cuando se derrumbó el Tercer Reich, monseñor Tiso fue entregado a las autoridades de Checoslovaquia liberada, para ser sometido a juicio como criminal de guerra. (N. del Trad.)

En pocas palabras, para el católico ordinario parecía haber un inmenso grado de semejanza entre el plan ordinario y cotidiano predicado por los nazis, y la especie de Estado autoritario por el que aboga el papa Po XI en Quadragesimo Anno.

Este mismo autor católico revela que monseñor Seipel fue en muy gran parte responsable de la encíclica papal Quaciragesimo Anno ... y de la Constitución para Austria trazada según líneas similares, y que difería tan poco del totalitarismo de la Alemania nazi que los dos países acabaron por fundirse en uno. Seipel era el jefe del Catolicismo Político.

De una manera semejante a la empleada por el padre Hlinlca y otras puntas de lanza del fascismo entre los jefes sacerdotes católicos romanos de la Europa Central, monseñor Seipel organizó su propio ejército antidemocrático, cuyos miembros se incorporaron más tarde a las guardias de asalto nazis. Ya en 1927 había logrado que el Lanabund se uniera a su reaccionaria coalición fascista clerical. También los miembros de dicha organización se hicieron después en gran parte nazis, según G. E. R. Gedye (Beírayaí in Central Europe, "Traición, en la Europa Central, pág. 19). También Seipel, al igual que el papa León XIII, Hítler, Von Papen, Fritz Thyssen y sus camaradas los voceros católicos de los Estados Unidos, tales como el juez Herbert O'Brien, el padre jesuíta Edmund Walsh y otros, anhelaban y planeaban la restauración del Sacro Imperio Romano, con su centro en Viena. Seipel lo concebía abarcando a Austria, Hungría, Baviera, Wurtemberg, Croacia, Eslovaquia y Transilvania, bloque formidable de naciones al cual podrían fácilmente afiliarse Polonia y los países católicos latinos.

Muerto monseñor Seipel, le sucedió Engelbert Dollfuss, quien, el 27 de septiembre de 1932, declaró ante la Asamblea de la Liga de las Naciones lo siguiente: "Austria está elaborando una nueva Constitución. En esto se guiará por los principios establecidos por el papa Pío XI." Tan estrictamente católico y autoritario era ese régimen de Dollfuss que, según un despacho de la Prensa Asociada, fechado el 15 de noviembre de 1938, "sometía a todos cuantos elevaban una petición para que se les permitiese abandonar la Iglesia Católica, a un examen mental." Su Constitución fascista para Austria reconocía el estatuto jurídico de la Iglesia Católica Romana y sus instituciones según se definen en la Ley Canónica, dándole así prioridad sobre los demás organismos religiosos. En su libro Austria, 1918-1938 A Study in Failure (Id., Historia de un fracaso), pág. 281, Malcolm Bullock presta voz a una queja de la Iglesia Evangélica (Protestante) de Austria, de que bajo la nueva Constitución, se usa la palabra cristianismo como sinónimo de catolicismo romano, como si la Iglesia Protestante no existiera ni mereciera consideración alguna.

El mismo día que se proclamó la Constitución, a saber, el primero de mayo de 1934, se hizo lo propio con un Concordato entre el nuevo Estado austríaco y el Vaticano. Ambos documentos se redactaron en tal forma que pudieran ser adoptados sin cambio alguno en caso de que se restaurara la monarquía.

La única oposición al régimen de Dollfuss provenía de los socialistas, agrupados bajo el nombre de partido de Socialdemócratas, y que eran poderosos solamente en Viena y sus alrededores. Los campesinos estaban por completo bajo el dominio de la Iglesia y de los latifundistas, de los cuales la propia Iglesia Católica era el mayor en la Europa Central. Por ejemplo, a continuación damos las cifras de un informe oficial sobre la distribución de tierras en Hungría a fines de 1936¹⁸:

¹⁸ V. A Vital condition for Lasting Peace (Condición vital para una paz duradera), por Leopold Mannaberg, pág. 13.

Estado y Comunidades 424,935 hectáreas.
El Papa 623,238
Latifundistas, 1,200 en número, con un promedio de 1840 H.A. c/u. 2,209,662
Pequeños terratenientes, 1,200,000
en total, promedio 4.93 H.A. c/u. 5,899-554
Total 9,157,389

Medio millón de campesinos carecían por completo de tierras de su propiedad.

Poca dificultad halló Dollfuss en aplastar la oposición de los socialdemócratas, que habían logrado hacer mucho por la elevación del pueblo, como la fundación de bibliotecas públicas para estimular el apetito popular por la lectura y la instrucción, y otros beneficios sociales. Pero les repugnaba matar en la forma en que lo hacía el ejército privado de Dollfuss, el Heimwehr, y los nacionales alemanes. Así pues, fueron vencidos en 12 de febrero de 1934, cuando el ejército bombardeó sus casas. Carile A. Macartney, en su libro, *The Social Revolution in Austria* (pág. 179) hace de la siguiente manera el resumen de la posición del socialismo en Austria frente a la Iglesia Católica:

La falta de competidores es la preciosa ventaja de la Iglesia. El único que desafía seriamente su supremacía es el socialismo, y por ello éste le es anatema. Peculiarmente aceptable a la Iglesia es la mentalidad del campesino a la vieja usanza: sumisión a la autoridad, conformidad con la suerte que a uno le ha tocado. ..

En el odio que la Iglesia Católica profesa al socialismo hay también mucho de antisemitismo. J. D. Gregory, autor católico de *Dollfuss and His Times* (D. y su tiempo. Londres, 1935, pág. 342), cita las siguientes palabras de Nicolás Budijaen:

El socialismo es la misma vieja forma del milenarismo hebreo, de la esperanza de Israel... No fue mera casualidad que Karl Marx haya sido judío. Creía que vendría un Mesías, pero uno que sería el reverso de Jesús, a quien el pueblo hebreo había rechazado.

Se recordará que fue en Viena donde primero se imbibió Hítler de antisemitismo, bajo la influencia del alcalde Karl Lueger, fiel católico romano, a quien apoyaba vigorosamente en el Vaticano el cardenal Rampolla¹⁹.

Bajo el gobierno de Dollfuss, Austria se convirtió en un Estado Eclesiástico, con una encíclica papal como Constitución y el arzobispo de Viena, el doctor Innitzer (a quien se hizo cardenal después de la matanza de obreros de 1934), como su jefe virtual. El fin de todas las esperanzas de una Austria democrática llegó en marzo de 1938, cuando Hítler, a la cabeza de un poderoso ejército, hizo su entrada en Viena. Cinco días después el pueblo se halló, al despertarse, con grandes carteles fijados en todas partes con el encabezado: "¡Al Pueblo Católico de Austria!, y firmados por todos los arzobispos y obispos del país, comenzando con el cardenal Innitzer. En ellos se decía que los preladados firmantes habían considerado profundamente la situación y habían decidido que Adolfo Hítler había demostrado ser el protector de los derechos y la cultura alemanes. Los preladados expresaban su convicción de que la jefatura de Hítler garantizaría la

¹⁹ *Mein Kampf*, edición inglesa de Reynal & Hitchcock, pág. 71-72. Lueger fue el fundador del "Partido Socialista Cristiano" al que pertenecían Dollfuss y Schuchsnigg. Era de ascendencia judía él mismo.

felicidad material y moral del pueblo germánico, y exhortaban al pueblo a seguir confiadamente al Fuehrer. El manifiesto terminaba con el saludo: "Heil Hítler".

Francia

Francia había sido conocida antiguamente como "la Hija Mayor de la Iglesia" y a sus reyes se les denominaba con orgullo 'Sus Catolicísimas Majestades. Pero después de convertirse en una república democrática vino a ser una espina en el costado de la Iglesia Católica, la odiada instigadora del racionalismo y el almacigo del anticlericalismo. En 1903, la Ley Combes - llamada así por el que entonces era Primer Ministro, un ex sacerdote decretó la expulsión de las órdenes religiosas. De entonces acá se intentó varias veces derrocar a la República Francesa y restaurar las órdenes religiosas. Uno de esos intentos fue el famoso Asunto Dreyfus, y se vino a probar que había sido fraguado por los jesuitas. Ningún retorno de Europa a una hegemonía vaticanafascista hubiera estado completo mientras existiera la Francia republicana con sus principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad. La conspiración Hítler-Pétain-Vaticano logró lo que otras intencionas no habían conseguido. El odio fanático del Vaticano a la República Francesa es viejo y bien conocido para todos los estadistas europeos. Sólo constituye novedad para los norteamericanos que han tenido miedo de informarse de los bien documentados hechos que se han establecido a este respecto. El llamado santo papa Pío X (que pronto será canonizado), expresó ese odio con términos más líanos que cualquiera otro papa. Llamó a Francia "la diabólica trinidad de la masonería, la democracia cristiana y el modernismo. Como los papas anteriores y posteriores a él, contaba con los ejércitos de Alemania como "el instrumento elegido por Dios para castigar a Francia." El conde Carlo Sforza que es cualquier cosa menos un radical, no tiene temor de publicar estos y otros hechos que todo norteamericano debería conocer acerca del pro fascismo del Vaticano, en su reciente y autorizado libro *Contemporary Italy*²⁰. Respecto al fiero deseo del papa Pío X, de ver a la República Francesa destruida por Alemania en la Primera Guerra Mundial, Sforza refiere también lo siguiente:

Cuando le sorprendió la muerte el 20 de agosto de 1914, estaba absolutamente cierto de que nada en el mundo podría impedir la completa derrota de los franceses, y en su ingenuidad dijo: "así entenderán que deben ser hijos obedientes de la Iglesia".

Pero tocó a los ejércitos de Hítler, en 1940, lograr tal cosa con la ayuda de los generales católicos Weygand y Pétain.

Sólo para los ingenuos e incrédulos norteamericanos rué suceso sorprendente e inesperado el completo y desastroso hundimiento de la República Francesa en 1940. No sólo durante meses sino durante años, había sido planeado y preparado con la colaboración de los políticos del Vaticano. En el invierno de 1939-1940." dice Pierre Cot²¹, "se había organizado un complot para substituir el régimen democrático con un 'gobierno de autoridad. Este mismo autor, que fue Ministro del Gabinete en el gobierno francés anterior a la guerra, añade la declaración hecha por Anatole de Monzie, en su libro *Ci Devant*, que se publicó en París con permiso del censor de Vichy en 1941, de que en febrero de 1940 el mariscal Pétain exclamó: "Me llamarán en la tercera semana de mayo." Pierre Cot establece además el hecho de que las fuerzas que conspiraron en

²⁰ *Contemporary Italy*, por el conde Cario Sforza, edit. E. P. Dutton, 1944, pág. 103.

²¹ *Triumph of Treason* (El triunfo de la traición), pág. 63.

favor del "Triunfo de la Traición" en Francia, fueron el alto mando militar, los grandes intereses comerciales e industriales, y la jerarquía católica romana.

Prueba de la parte desempeñada por la Iglesia Católica en la planeada traición a la República Francesa fue el hecho de que, en junio 21 de 1940, cuatro días antes de firmarse el humillante armisticio con Hítler, y cinco días después de haber tomado las riendas del gobierno el mariscal Pétain, las órdenes religiosas quedaron restauradas a su antigua posición en Francia.

Tengo delante un raro ejemplar de Le Nouvelliste, periódico de Lyon, Francia, del 11 de julio de 1940, que contiene un prolijo artículo de un corresponsal especial que se firma T. de Vissai, y en que se describe en detalle la Legada de los monjes al monasterio de La Grand Chartreuse, el 21 de junio. "Aparecen (los monjes) vestidos de blanco," dice, llevando como adorno sobre sus pesados hábitos de lana un imperceptible listón rojo, símbolo de la Legión de Honor, obtenido de una Francia no vencida sino victoriosa." (Yo subrayo).

Este artículo de M. de Vissan lleva fecha del 21 de junio, y obviamente fue preparado con anticipación para el caso. "Esta mañana del 21 de junio de 1940, añade, "es un gran día histórico, no sólo en los anales del Delfinado, sino de todo el mundo." En la primera plana del mismo número aparece un gran retrato de Pétain, y anuncia con cabezas desplegadas la "Nueva Constitución de Pétain para una Francia Fascista. Que esta "Nueva Constitución de Pétain fue también algo preparado con bastante anticipación queda probado por las siguientes palabras de M. de Vissan, al contemplar a los monjes entrando en el monasterio de la Grand Chartreuse:

Aquí termina un capítulo, un desgraciado capítulo, y otro comienza. El regreso de los cartujos es como una gran luz en el cielo, por tanto tiempo ensombrecidos por las luchas políticas y religiosas. Más todavía; la Sagrada Unión (de Iglesia y Estado) y la Nueva Constitución son una preciosa garantía de la reconciliación de todos los franceses, y una predicción del futuro . . .

Debe recordarse que el 21 de junio de 1940 cuando se supone que M. de Vissan escribía esa narración, los ejércitos de Hítler estaban desbordándose por tierras francesas. En aquel "gran día histórico" caían bombas y por todas partes morían hombres, mujeres y niños. Las fronteras estaban cerradas; interrumpidos el teléfono y el telégrafo. Sin embargo, estos monjes que habían sido expulsados de Francia desde 1903, penetraban en el país y a las puertas de su monasterio presentaban documentos oficiales de Petain que los restauraban a su antigua posición. Esto tenía lugar cinco días después de haber asumido Petain el poder y cuatro días antes del armisticio.

Los jesuítas habían aparecido ya en París, desplegando toda su fuerza, el 14 de junio.

La caída de la República Francesa y el establecimiento del régimen clerical fascista de Petain fueron saludados inmediatamente, con júbilo incontenido, por el periódico oficial del Vaticano, el Osservatore Romano. En un extenso artículo, publicado el 26 de julio, elogiaba al buen mariscal Pétain, y se suscribía plenamente al principio católico fascista de que "la autoridad es superior a la voluntad humana. Con obvio regocijo por la extinción de los principios de Libertad, Igualdad, Fraternidad, de la difunta República Francesa, este periódico del Vaticano se declaraba franca y definitivamente en favor del autoritarismo, al afirmar que la voluntad humana no tolera restricciones y ha tratado de sobrepasar todos los límites, primero por medio de la crítica, y luego por medio de la revolución." Al condenar de ese modo los principios democráticos, a la hora del triunfo de Hítler sobre la República Francesa, el Osservatore Romano no hacía más que repetir lo que todos los papas del siglo xix habían fulminado contra las tendencias democráticas.

En su regocijo por la caída de Francia, el órgano del Vaticano iba todavía más allá, y admitía que los fines de la dictadura estaban de acuerdo con la Iglesia Católica. Citaba y suscribía la opinión del dictador de Portugal, Antonio Salazar²², de que "el régimen autoritario crea una conciencia cívica que abre y prepara el camino para el extendimiento y fortalecimiento de la conciencia moral." Tal es, añadía, el deseo, aspiración y programa de la Iglesia." Con la supresión de la libertad y la crítica individuales, ocasionada por la caída de la Francia republicana, declaraba el periódico que podíamos esperar que en Francia se cultivaría un espíritu que "podrá imponer la supremacía del bien común sobre los intereses privados de los individuos, grupos y partidos," y expresaba su esperanza de que esa "regeneración espiritual de Francia será "la alborada de un nuevo y radiante día, no sólo para Francia, sino para Europa y el mundo entero."

Japon

Pío XI estaba de acuerdo con Mussolini en que los Estados Unidos de América, baluarte de la democracia, estaban en "grave peligro de un colapso, según lo ha hecho notar William Teeling, autor católico. De acuerdo con esa creencia, Pío XI estaba convencido de que el Japón dominaría en el oriente, y estaba por ello determinado a aliarse con el Emperador del Japón. Teeling (Tric Pope in Politics, "El Papa en la política," pág. 5), hablando de los planes mundiales del papa Pío XI, confiesa a este respecto:

El Vaticano tiene también intenso interés en desarrollar sus relaciones con el Japón, a fin de obtener el dominio del desarrollo eventual del cristianismo en aquellas partes de China que creé que un día caerán bajo la influencia japonesa.

Entre otras cosas que se mencionan, se halla su confianza en que los pueblos que habitan las remotas regiones del Este y el Sur pueden sostenerse fácilmente ante las razas europeas. Además, el Papa rompió con una tradición vaticana de siglos al ordenar a obispos orientales. Su socio y sucesor, Pío XII, llevó esta política un paso adelante al nombrar a dos obispos japoneses sobre los subyugados coreanos, y más tarde, rompiendo tradiciones hasta ahí inviolables del Vaticano, al establecer relaciones con una nación pagana: el Japón.

La alianza secreta entre el Papa y los señores japoneses de la guerra, se reflejó en público por la creciente cooperación y cordialidad entre sí. En la guerra de agresión emprendida por el Japón contra China, el Vaticano envió a sus misioneros en China instrucciones de que cooperaran con los japoneses. Después de consumarse el rapto de Manchuria, el Vaticano otorgó inmediatamente el reconocimiento de jacto a su gobierno pelee japonés, siendo que otros países se habían negado a hacerlo. En 1934, la católica Revue des Deux Mondes se ufanaba, en momentos en que la inhumanidad japonesa causaba conmoción en el mundo, de que ahora no pasa ningún príncipe o misión japonesa por Roma sin rendir homenaje al Soberano Pontífice."

Por 1938, el Papa concedió licencia a los católicos japoneses para inclinarse en señal de reverencia ante el Emperador, que pretende ser de origen divino, y esto se hizo a pesar de que tal acto de acatamiento había estado prohibido durante siglos por la doctrina católica romana.

Después de la alianza con el papa Pío XI, el Japón no ocultó su "tratamiento de preferencia" al catolicismo romano. Ni titubeó la prensa católica en corresponder a ese favor. El

²² Acababa de firmarse (junio 1,1940) un Concordato entre el Vaticano y el dictador Salazar.

periódico The Catholic Times, de Inglaterra, exhortaba a sus lectores, ya en noviembre 3 de 1934, a pensar benignamente del Japón, porque los invasores japoneses "han librado a nuestros misioneros en Manchuria y partes adyacentes de China de la persecución. ... y consentido en que sus colonos del Brasil sean instruidos en la fe católica.

Mientras los japoneses concluían sus preparativos para atacar a los Estados Unidos, las relaciones entre el Japón y el Vaticano se hacían más estrechas que nunca. El Herald Tribune de Nueva York decía el 8 de octubre de 1941:

El gobierno japonés ha mostrado más cordialidad hacia la Iglesia Católica en los últimos seis meses que en cualquiera otra época en años recientes ...

El mismo periódico pasaba luego a citar al Muy R. T. J. McDonnell, director nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe, que decía: "Los japoneses no han otorgado en realidad reconocimiento todavía a ninguna secta cristiana, con excepción de la Iglesia Cristiana que se conoce como católica romana".

Muy poco después de la invasión japonesa, 'el arzobispo de Manila (Michael J. Doherty) expidió una Carta Pastoral pidiendo a todos los católicos de las Islas Filipinas que suspendieran su actividad antijaponesa y cooperaran con los japoneses en los nobles esfuerzos de éstos por pacificar el Archipiélago.

Después de atropellar la conciencia del mundo con su vil treta de Pearl Harbor, el Japón necesitaba muchísimo de alguna declaración de aprobación internacional que rehabilitara su prestigio moral. Poco después de Pearl Harbor, el Vaticano acudió en su auxilio y le otorgó su bendición en forma de reconocimiento diplomático. Este solemne establecimiento de relaciones con el Japón fue un franco insulto a los Estados Unidos, no sólo porque se otorgó a seguida de Pearl Harbor., sino más aún porque se llevó a cabo desafiando las protestas norteamericanas y británicas. Esta cordial aceptación de una nación bandolera, el Japón, como igual entre las naciones cristianas, fue apellidado "un ademán benévolo hacia el Eje," por Paul Ghali, en el New York Post, de marzo 21 de 1942, añadiendo que "los nazis obtendrán nuevo apoyo por medio de esta nueva y relativamente fácil victoria diplomática de su aliado oriental.

Los Estados Unidos

La política vaticana en los Estados Unidos se desarrolla con precaución pero no obstante con vigor. Su clave se halla en las instrucciones enviadas a este país por el papa León XIII en 1888:

Aunque debido a las extraordinarias condiciones políticas que prevalecen hoy, accede generalmente que la Iglesia sucede en ciertos países modernos a ciertas libertades modernas, no porque las prefiere en sí mismas, sino porque juzga expediente que se permitan, recobraría en tiempos más felices su propia libertad ...

También en su encíclica Longinqua Oceani (enero 10, 1895), el papa León advertía a los obispos de los Estados Unidos lo siguiente:

Es necesario destruir el error de aquellos que creerían, tal vez, que la situación de la Iglesia en los Estados Unidos de América es deseable, y también el error de que, a imitación de tal cosa, la separación de la Iglesia y el Estado es legal y aun conveniente.

No con mucha frecuencia pronuncia una autoridad oficial de la Iglesia una denuncia tan nociva del sistema de vida norteamericano como la que publicó la revista jesuíta América en su número de mayo 17, 1941, seis meses antes de Pearl Harbor, y que dice:

¡Cómo hemos detestado y despreciado los católicos esta civilización de Lucifer, esta creación racionalista de aquellos hombrecillos que se negaron a doblar la rodilla o inclinar la cabeza en sumisión a una autoridad superior!... Hoy, se pide a los católicos norteamericanos que derramen su sangre por esa particular especie de civilización secularista que han venido repudiando heroicamente durante cuatro siglos. A esa civilización se le llama ahora democracia, y se insinúa que enviemos otra vez a los yanquis a Europa a defenderla. .. Todos los yanquis de los Estados Unidos no la salvarán de la desintegración. Salvo que ocurra un milagro, está condenada a la ruina, final e irrevocablemente condenada a perecer.

Sin embargo, todos los actos de colaboración de la Iglesia Católica con los agresores nazifascistas en Europa resonaban, aunque en tono menor, en los Estados Unidos. Año tras año el padre Coughlin venía empeñándose en hacerse la punta de lanza del fascismo clerical en los Estados Unidos, precisamente de la misma manera en que lo eran sacerdotes de semejante índole en todos los países católicos de Europa: el padre Adalbert Bangha, en Hungría; los padres Obermans, Loffler y Pachtler, en Alemania; el padre Bresciana, en Italia; el padre KorosKetz, en Yugoslavia; monseñor Seipel, en Austria; los padres Hlinka y liso en Eslovaquia, sin olvidar al padre Staempler, de Renania, que, según testimonio de Otto Strasser en su libro *Hítler and I* (*Hítler y yo*), pág. 377, fue el verdadero autor de *Mein Kampf*.

Que esta campaña del padre Coughlin no representaba los desvaríos fascistas de un sacerdote irresponsable se echa de ver claramente por la pública aprobación que le dispensó su obispo, William Gallagher, de Detroit. A su regreso de una visita al Papa en 1936, el obispo Gallagher declaró a los reporteros en los muelles de Nueva York: "El padre Coughlin es un sacerdote prominente, y su voz ... en la voz de Dios." Las pláticas que el padre Coughlin daba por radio eran reproducidas por los periódicos diocesanos católicos oficiales en todo el país. El arzobispo Mooney, actual superior del padre Coughlin en Detroit, admitió que las pláticas de radio de éste pasaban por la junta de censores de la diócesis y tenían la "licencia" de sus autoridades eclesiásticas: lo cual, añadía mañosamente, no significa, sin embargo, necesariamente "aprobación".

Las doctrinas de "justicia social" del padre Coughlin estaban estrictamente de acuerdo con las que establece el papa Pío XI en su encíclica *Quadragesimo Anno*, y en que basaron sus regímenes autoritarios Dollfuss en Austria, Mussolini en Italia, Franco en España y Salazar en Portugal. John T. Whitaker, corresponsal extranjero que se mantenía en contacto estrecho con el Vaticano, escribía desde Roma el 18 de julio de 1940, en los momentos de la caída de Francia²³: En la actual situación, el Vaticano ha indicado que aprueba el gobierno fascista organizado en Francia por el mariscal Pétain y Fierre Laval, y que espera que el régimen totalitario de otros Estados "Corporativos", como los de Portugal y Brasil, se extiendan por todo el mundo.

²³ New York Post, de esa fecha.

Esto quedó verificado por una declaración oficial de la jerarquía norteamericana, reunida en Washington el 8 de febrero de 1940, e intitulada "La Iglesia y el Orden Social," en que abogaban abiertamente por el Sistema Corporativo para los Estados Unidos. El servicio católico oficial de noticias de la N. C. W. C. (Conferencia Nacional de Bienestar Católico) llamaba a esta declaración de la jerarquía norteamericana "la declaración más importante hecha por la jerarquía católica desde que se inició en 1919 el programa episcopal de reconstrucción." Como preparación para la declaración mencionada, el Departamento de Acción Social de la N. C. W. C., publicó un folleto en fecha anterior de ese mismo año, en que se trazaba un plan para la Justicia Social Organizada, título del propio folleto, y firmado por 131 preladados y micos católicos prominentes, con el subtítulo de Un Programa Económico para los Estados Unidos, con Aplicación de la Gran Encíclica Quadragesimo Anno, del Papa Pío XI, sobre la Vida Social²⁴.

Este plan de las autoridades católicas supremas de los Estados Unidos, según se adoptó en 1940, demandaba la necesidad de la intervención del gobierno en los asuntos económicos y sociales, a la manera fascista; afirmaba también categóricamente que el industrialismo, el liberalismo y la libre empresa están en bancarrota" en la vida norteamericana.

En aquel tiempo, la jerarquía católica de los Estados Unidos tenía la certeza de una rápida victoria de las tuerzas de Hítler en Europa. Y tan seguros estaban, en verdad, estos preladados, que se pusieron a advertir al gobierno de los Estados Unidos que el único refugio que le quedaba a este país era aliarse con el Papa a fin de aprovecharse de los beneficios de su poder político. Damos a continuación parte de esa advertencia, escrita por el obispo James H. Ryan, de Ornaba, Nebraska, uno de los principales miembros de la N. C. W. C., en un comunicado de tres columnas publicado por el New York Times, mayo 12, 1940:

Aun conscientes del poder religioso del Papa, hemos preferido hacernos ciegos a su poder político, ya que el Papa es Rey... Sería estúpido que un Estado democrático, cuya propia existencia se juega en esta lucha, se olvidara de hacerse amigo de ese poder religioso cuya ayuda va a ser ciertamente de tan inestimable valor. (Yo subrayo).

Hay una amenaza implícita, al igual que una advertencia, en esto de que, con una victoria de Hítler, la única esperanza para los Estados Unidos sería una alianza con el Papa, con el objeto de que éste intercediera ante los dictadores victoriosos del Eje.

Bastará con unos cuantos ejemplos para demostrar que desde Munich hasta Pearl Harbor, la Iglesia Católica en los Estados Unidos siguió fielmente la política del Vaticano en la lucha entre el fascismo y la democracia. Es cierto que los voceros católicos en los Estados Unidos no se expresaron tan abiertamente en la condenación de la democracia y en favor del fascismo como sus cofrades de Europa. Pero sostuvieron la misma política, cuyo punto de vista definió llanamente la revista católica Acción, Española, en su número de marzo de 1937, que bajo el *imprimatur* del cardenal Goma declaraba: "Para nosotros era evidente, por medio del razonamiento y el conocimiento, que la democracia y el sufragio universal eran formas embrionarias del comunismo y la anarquía."

En aquellos años, los voceros católicos rebatían toda crítica dirigida contra los dictadores del Eje. El padre jesuíta Ignatius Cox, profesor de Etica en la Universidad de Fordham, se dedicó a cargarle la mano severamente al Secretario de Guerra de los Estados Unidos, Harry H. Woodring, "por sus alusiones poco amistosas a las naciones gobernadas por dictadores," según el New York Herald Tribune del 16 de mayo de 1938.

²⁴ Publicado por The Paulist Press, Nueva. York.

El propio padre jesuíta Cox amonestó a una reunión de la Sociedad del Sagrado Nombre, en la iglesia de St. Gregory, el 8 de mayo de 1938, "contra la participación de este país en una guerra europea como aliado del llamado frente democrático." Según el Brooklyn Eagle de mayo 9, 1939, declaró que:

La participación de los Estados Unidos en una guerra europea del lado llamado democrático, significaría sencillamente perpetuar el sistema de explotación económica de las masas. Esto sería cierto, porque los Imperios Británicos y Francés poseen en gran parte el dominio de las materias primas del mundo y del sistema de finanzas internacionales que se basa en el oro.

El padre Peter B. Duffee, en dos almuerzos de comunión, el 11 de junio de 1939, atacó virulentamente la política extranjera de los Estados Unidos por su amistad hacia esos dos países democráticos. Elogió las victorias de Hitler en Austria y Checoslovaquia como un triunfo contra el ateísmo y la masonería. Respecto a la conquistada Checoslovaquia, declaró:

Checoslovaquia se había convertido en el peón de ajedrez de Rusia. Era el centro medio europeo del comunismo. Era el centro mundial de la masonería del Gran Oriente. Se había hecho el criadero del ateísmo²⁵.

La jerarquía católica entera, apoyada por los influyentes Veteranos Católicos de la Guerra, los Caballeros de Colón, y el clero en general, combatieron empeñosamente el proyecto de la ley Burke-Wads-worn y todo auxilio a los aliados en 1940. La propia radio del Vaticano sumó su protesta a la de la jerarquía norteamericana contra la conscripción militar, según el New York Times de septiembre 23 de 1940. La influyente revista jesuíta América, en su número de abril 1, 1939, llegó a afirmar editorialmente:

Todo cristiano norteamericano debe negarse a prestar servicio militar por razones de conciencia, en una Guerra Mundial en que los Estados Unidos sean aliados de la Rusia atea. Puede decirse que dicho cristiano debe negarse a ser conscripto, aun cuando sea ejecutado por obedecer a Dios antes que a César.

El Frente Cristiano del padre CougKlin, y su revista Social Justice, prepararon a sus seguidores a la rebelión abierta y aplaudieron toda victoria del Eje sobre la desvalida Europa. A los Frentistas Cristianos se les decía (J. R. Carlson, Under Cover (Bajo cuerda), pág. 98): "Obtendréis práctica de tiro y adiestramiento completo en el arte de las peleas callejeras ... Cada uno de vosotros, capitanes, tendrá su propia célula, su propia organización de sabotaje, su propio grupo revolucionario en pro de unos Estados Unidos Nacionalistas." Y prestaban un juramento secreto que decía: "Pediré dirección a mi Dios." Antes de su práctica de ejercicios militares se les exhortaba con estas palabras:

Sois los soldados de Cristo. Hombres como vosotros learon en España. Hombres como vosotros pelearán en los Estados Unidos... Sois los defensores de la fe. Vuestro deber es pelear por Cristo y por la Patria.

²⁵ Versión del New York Herald Tribune, junio 12, 1939.

La fuerza motriz de la actividad pro fascista de la jerarquía durante los años peligrosos para la democracia, de 1938 a 1941, era el odio a Inglaterra y al protestantismo. Se predicaba constante y sistemáticamente que el protestantismo era la raíz de todos los males del mundo moderno. Predicando en la catedral de St. Patrick, el 3 de mayo de 1938, monseñor Michael J. Reilly resumía su actitud de la siguiente manera:

La Reforma Protestante rechazó toda autoridad divina, repudió el sacerdocio sacrificial de Cristo, emasculó su sistema sacramental, su sacrificio expiatorio de la Misa, e hizo de cada quien su propia ley y su propio maestro.

Se mantuvo un ataque constante contra la Rusia soviética. Los Veteranos Católicos de la Guerra, enviaron el 27 de junio de 1941 una petición al Presidente Roosevelt rogándole reconsiderar vuestra expresa intención de actuar en el asunto de la ayuda a la Rusia Atea. El periódico católico Brooklyn Tohlet, del 12 de julio, citaba a 30 periódicos católicos para probar la abrumadora oposición católica a impartir cualquiera clase de ayuda a Rusia en su lucha de vida o muerte contra Hitler. La revista jesuíta América, suavizó su áspera declaración de abril 1, 1939, en que ordenaba a todo católico norteamericano negarse a servicio militar y dejarse ejecutar antes que permitir ser reclutado para guerrear al lado de Rusia, y declaraba:

No puede haber atenuación alguna de los anatemas pronunciados por los norteamericanos contra el comunismo como filosofía. Los que cenan con el diablo deben usar una cuchara bien larga, y nosotros los norteamericanos sencillamente no tenemos cucharas largas.

Como ademán final antes de que entrásemos en la guerra, y para que constara, esa misma revista jesuíta América realizó una encuesta entre todos los sacerdotes católicos de los Estados Unidos en el otoño de 1941, para recoger su opinión sobre si era deseable o no que los Estados Unidos entraran en la guerra al lado de las democracias. Los resultados mostraron que la abrumadora cifra del 90.4 por ciento de ellos se oponían a nuestra entrada en la guerra.

Todavía el 9 de febrero de 1942, la revista Social Justice, del padre Coughlin, festejaba los victoriosos ataques lanzados por el Japón contra Gran Bretaña y los Estados Unidos, diciendo:

Por fin comienza a ponerse el sol británico, y sobre la tierra del explotado amarillo comienza a amanecer la alborada de la libertad. Hoy, 300 millones de orientales —aunque usted no lo crea— comienzan a recitar el réquiem sobre Gran Bretaña con las palabras "Asia para los asiáticos".

La censura de guerra, establecida en este país después de lo de Pean Harbor, puso fin a ulteriores expresiones francas de la opinión católica en contra de las instituciones democráticas. Pero continuó el bombardeo contra Rusia.

Sin embargo, la censura en este país no impidió que la Iglesia continuara ejerciendo presión en favor de los elementos fascistas del extranjero. El periódico católico suizo Die Tai, de octubre 12 de 1942, daba un resumen de una visión de conjunto de la satisfacción experimentada por el Vaticano con el “nuevo orden” inaugurado por las blitzkriegs del Eje en Europa. Este informe oficial, distribuido con derechos asegurados, a todos los periódicos católicos de los Estados Unidos y del mundo por el Servicio de Noticias de la N. C. W. C., declaraba lo siguiente:

Entre los cambios positivos, la Curia saluda con satisfacción: el cambio en Francia; una mayor estabilidad en los actuales gobiernos de España y Portugal; la determinación católica en Eslovaquia y Croacia. Las relaciones con la Italia Fascista y con Hungría siguen siendo espléndidas.

Respecto al Japón, hinchado en aquel entonces (1942) por el orgullo de sus recientes conquistas, decía este informe:

El Vaticano se felicitó de ver a M. Harada trasponer sus puertas de bronce como Ministro Imperial.

Y en cuanto a la Alemania nazi decía este informe oficial:

El Imperio Alemán es hoy el Estado que ejerce autoridad sobre mayor número de católicos que cualquiera otra potencia: como no millones, incluyendo los territorios ocupados de Oriente y Occidente. En consecuencia, la Iglesia procura inducir a los gobernantes del Tercer Reich a otorgar libertad religiosa á todos los católicos, y trate de intervenir cuando por una gran variedad de razones ha amenazado producirse conflicto entre la Iglesia y las autoridades civiles.

El poder de la Iglesia de Roma, obrando por medio de su clero en este país, parece haber sido la influencia principal que guió la política extranjera de la Administración Roosevelt desde que ésta subió al poder. A tal conclusión lleva una larga lista de acontecimientos, en cada uno de los cuales se siguieron los deseos expresos de la Iglesia Católica:

Primero. El reconocimiento de la Iglesia de Roma como potencia política, al nombrar un embajador ante el Vaticano.

Segundo. El rehusar unírnos a Inglaterra y la Liga de las Naciones en la imposición de sanciones contra Italia cuando ocurrió la Campaña de Etiopía.

Tercero. Nuestra negativa a levantar el embargo contra la República, amiga y reconocida, de España, causando así su caída.

Cuarto. Nuestro inmediato reconocimiento del régimen de Franco.

Quinto. Nuestro sostenido reconocimiento del régimen de Vichy, aun mucho tiempo después de haber éste entrado en activa colaboración con Alemania y de haber sido repudiado por nuestros aliados.

Sexto. Nuestro reconocimiento extendido a los elementos fascistas de Vichy en Noráfrica: Darían, Peyroutón, Nogués, etcétera.

Séptimo. Nuestra terca negativa a reconocer a De Gaulle y al Comité Francés de Liberación.

Octavo. El continuar la política norafricana en Italia colaborando con su rey fascista, con un general fascista y con funcionarios fascistas subalternos, con exclusión del Comité Italiano de Liberación.

Esa política extranjera no tiene nada de vago; es muy bien definida.

Como prueba patente de la tremenda presión política ejercida por la Iglesia Católica Romana en los Estados Unidos, reproducimos a continuación una carta del Presidente del Comité de Bienestar Católico de Nueva York, al Presidente del Comité Judicial de Washington, que contiene instrucciones de parte del obispo católico de Albany, referentes a la proyectada legislación sobre la Enmienda de los Iguales Derechos. Esta carta hizo que el destinatario y otros

dos miembros católicos del Comité se retractaran de sus votos ya comprometidos, con el fin de someterse a las instrucciones del obispo Gibbons:

OFICINA DEL PRESIDENTE, 162 STATE STREET, ALBANY, NEW YORK.—NEW YORK STATE CATHOLIC WELFARE COMMITTEE.—Octubre 2, 1943. Honorable William T. Byrne, Cámara de Diputados, Washington, D. C.

Querido Bill.

El Consejo Nacional de Bienestar Católico, en nombre de los obispos católicos del país, ha protestado contra la aprobación por el Congreso de la llamada "Proposición de Iguales Derechos para la Mujer" que ahora se halla en manos del Comité Judicial de la Cámara.

Su Excelencia, el obispo Gibbons, de esta diócesis, pide tus buenos oficios para ayudar al Consejo Nacional de Bienestar Católico en su protesta.

Muy sinceramente tuyo, (Firmado)
CHARLES J. TOBIN, Secretario.

EL VATICANO SE LAVA LAS MANOS

Apenas había terminado la Segunda Guerra Mundial cuando el Papa y sus adláteres comenzaron a refregarse frenéticamente las manos para limpiarlas de toda mácula de colaboración nazifascista. Hoy aparecen como blanqueados amantes de la democracia y de los ideales norteamericanos. Numerosos diputados protestantes de los Estados Unidos, ofuscados, han ido a visitar al Papa, a estrechar en sus brazos su blanca figura, y a darle palmaditas en el hombro, rogándole: "¡Ándele, Papa, venga a visitarnos a nuestro viejo Estados Unidos!".²⁶

Por conveniencia se olvida el hecho de que este mismo Papa estampó su firma en 1935 junto a la del execrable Franz von Papen en el Concordato del Vaticano con Hítler, y que dicho Concordato no ha sido hasta la fecha revocado. También se olvida el pacto del Vaticano con Mussolini, en 1929, que fue la señal para que se iniciara toda agresión fascista.

Los obispos católicos de Austria y Alemania han estado tratando también de hacer que el mundo olvide el abierto apoyo que prestaron a Hítler cuando éste se hallaba en el apogeo de su poder.

En una de sus recientes reuniones en Fulda, los obispos alemanes dieron instrucciones a los reporteros de los periódicos norteamericanos de negar que habían hecho tal cosa en 1940. Sin embargo, el mismo The New York Times que dio publicidad nace poco a esa negación, dio noticia del hecho de que se trata, el 28 de agosto de aquel mismo año, en un despacho inalámbrico especial fechado en Berlín el día anterior, como puede verse en la copia fotostática que ilustra esta página.



Intento más descarado que cualquier otro ha sido el de hacer aparecer al cardenal Innitzer de Viena y a sus colegas los obispos de Austria como enemigos de Hitler y su régimen. En prueba de lo cual llamamos la atención a la siguiente copia fotostática de la portada de un folleto de cuatro páginas que se distribuyó en Austria hacia fines de de Marzo de 1938, inmediatamente después de la entrada triunfal de Hitler a aquel país.

²⁶ New York Times, octubre 1, 1945.

Mit Freude und aufrichtiger Genugtuung nimmt das ganze Deutsche Volk von der einheitlichen Stellungnahme der Bischöfe Österreichs zur Wahl Kenntnis. Die Erklärung ist geeignet, einen Schlüssel in der Vergangenheit zu bieten. Sie beweist, daß in dieser, für das Deutsche Volk und seine Zukunft so ereignisreichen Zeit auch die katholische Kirche den Weg zum neuen Staate finden will. Der Nationalsozialismus, der das unerrückbare Ziel der Einigung mit Deutschen verfolgt, wird glückselig sein, auch auf diesem Gebiet den Acker und damit die Fruchtbarkeit unseres Volkes bebauen zu können.

So soll zum ersten Male in unserer Geschichte am 10. April 1938 die ganze Deutsche Volksgemeinschaft ohne Rücksicht auf Stämme, Länder, Klassen und Konfessionen geschlossen zur Wahlurne treten und vorbehaltlos ihr

Ja
zusagen!

... des Reichs Intention
für die Wahl an Gauleiter Buerckel



Der Bischof von Wien

Wien am 18. März 1938

Sehr geehrter Herr Gauleiter!

Beifolgende Erklärung der Bischöfe Österreichs stimmt mit dem Sinn überein, den wir bei der Wahlentscheidung und dem Eintritte in den Nationalsozialismus mit dem Herrn Gauleiter Buerckel für die Wahlurne zum Ausdruck bringen wird.

Mit dem Ausdruck unserer besten Grüße

mit Heil Hitler!

Th. Card. Innitzer

Druck und Verlag von ...

La traducción es la siguiente:

“Con gozo y franca satisfacción todo el pueblo alemán se entera de la posición unificada de los obispos austríacos respecto a la elección”

“Tal declaración significa que lo pasado es pasado. Lo cual prueba que en estos momentos de tanta trascendencia para el pueblo alemán y su futuro, la Iglesia Católica también se encaminará hacia el Estado Nuevo. El nacionalsocialismo, que se propone la meta inamovible de la unificación de todos los alemanes se sentirá complacido de poner también fin a la disputa en ese sentido y, con ella a la disensión entre nuestro pueblo.

“Así que, por primera vez en nuestra historia, el 10 de abril de 1938, la comunidad alemana entera sin distinción de raza, país, clase o credo, irá unida a las urnas y dará su SI, sin vacilaciones. Dado por el diputado del Fuehrer para el plebiscito, gauleiter Buerckel. Responsable, Karl Gerland, Viena.

Los obispos de Austria escriben sobre la elección al gauleiter Buerckel. Arzobispo de Viena.--Viena, marzo 18, 1938. Querido señor gauleiter: Os envío incluso la declaración de los obispos. Como podéis ver por ella, nosotros los obispos hemos cumplido voluntariamente y sin presiones nuestro deber nacional.

"Sé que tras de esta declaración vendrá una buena colaboración entre nosotros.

"Con la expresión de mi mayor estima y ¡Heil Hítler!

"(Firmado) Th. Card. Innitzer, ab.

Introducción y Declaración en las páginas 2 y 5.

(Es interesante notar, por el facsímil que reproducimos, que el "y ¡Heil Hítler!" fue añadido por el propio cardenal de su puño y letra.)

En el reverso de una de las hojas del forro del folleto citado, se hallaba lo siguiente:

"INTRODUCCIÓN a la solemne declaración de los obispos austríacos en relación con el plebiscito.

“Después de concienzudas discusiones, los obispos de Austria hemos decidido por nosotros mismos dirigir la siguiente cédula a todos nuestros fieles, en presencia de las grandes horas históricas que el pueblo austríaco tiene delante y sabiendo que en nuestros días se cumple

por fin la aspiración que nuestro pueblo ha acariciado durante mil años de unirse en uno y solo Gran Reich de alemanes.

“Podemos hacer esto sin indebida ansiedad puesto que el representante del Fuehrer para las elecciones en Austria, el gauleiter Buerckel, nos dio la franca línea de su política que estará bajo el lema: Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”.

“Viena, marzo 21 de 1938. Por la Provincia Eclesiástica Vieriesia, (firmado) Th. Cardenal Innitzer. Por la Provincia Eclesiástica de Salzburgo. (firmado) J. Waitz, Primer Arzobispo.”

En el reverso de la otra hoja del forro, se encontraba lo que sigue:

"SOLEMNE DECLARACIÓN

Con nuestra más íntima convicción y de libre voluntad, nosotros, los suscritos, obispos de la provincia eclesiástica austríaca, declaramos en ocasión de los grandes eventos históricos que tienen lugar en Austria:

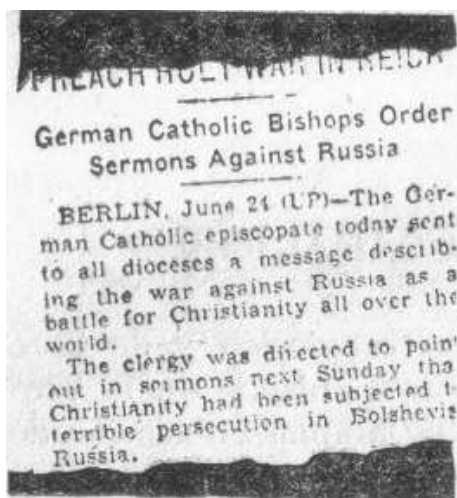
“Reconocemos con gran gozo que el Movimiento Nacionalsocialista ha logrado y sigue logrando tremendos éxitos en el campo de la reconstrucción nacional y económica así como en las esferas de la política social, en bien del pueblo alemán, especialmente de las clases más pobres.

"Estamos convencidos también de que por medio de la acción del Movimiento Nacionalsocialista, ha sido repelido el peligro de un bolchevismo que lo destruiría todo.

Los obispos cooperan en esta acción para el futuro, por medio de sus mejores deseos y bendiciones, y pondrán en actividad a los fieles en esa dirección. El día de la elección, es deber de suyo evidente de nosotros los obispos el declararnos como alemanes por el Reich alemán, y esperamos que todos los fieles cristianos sabrán lo que deben a su pueblo.

"Viena, marzo 18, 1938.

"(Firmado) Th. Cardenal Innitzer, J. Waitz, Johannes María Gfollner," y otros miembros de la jerarquía



Reproducimos también el facsímil de un despacho de la Prensa Unida, que apareció en The New York Times, de junio 25 de 1941, unos cuantos días después del ataque lanzado por Hítler contra Rusia, y cuya traducción es la siguiente:

"PREDICAN LA GUERRA SANTA EN EL REICH.—Los obispos Católicos Alemanes Ordenan Sermones contra Rusia. Berlín, junio 24 (UP).

El episcopado católico alemán envió hoy a todas las diócesis un mensaje en que se describe la guerra contra Rusia como una batalla mundial en favor del cristianismo. —Se instruyó al clero que recalcará en sus sermones del próximo domingo que el cristianismo ha padecido terrible persecución en la Rusia bolchevique."

CONCLUSIONES

"EN SU RECIENTE libro, Crusade for Pan-Europe (Cruzada en pro de la Paneuropa), el conservador y católico conde Richard N. Coudenove Kalergi, sostiene (pág. 173) que los católicos son por disposición fascistas, antidemocráticos, y que sus directores constituyen una jerarquía perpetuada por una minoría antidemocrática. "El catolicismo, dice, es la forma fascista del cristianismo". La jerarquía católica se funda completa y seguramente en el principio de la jefatura, con un Papa infalible en posesión del comando supremo vitalicio." Pero el conde no es justo al colocar a la generalidad del pueblo católico en la misma categoría de sus directores. Lo que el pueblo católico es por la fuerza de la catequización, sus jefes lo son por una política consciente, voluntaria y establecida. El fin de todo católico y no católico amante de la libertad, que esté en posibilidad de hacerlo, es libertar a la masa del pueblo católico, en Europa y en América, de la catequización fascista y antidemocrática a que la someten sus directores eclesiásticos. En cualquier caso, parece que los esfuerzos de las Naciones Unidas victoriosas por establecer la democracia y desarraigar el fascismo en Europa, se verán desastrosamente estorbados, si no es que frustrados enteramente, si no se adoptan medidas encaminadas a eliminar al Vaticano como Potencia Política Internacional, bajo cualesquiera circunstancias, todo estudiante de la historia debe convencerse, por la misma evidencia, de que las intrigas políticas del Vaticano han envuelto en un maleficio todos los esfuerzos del mundo occidental por lograr las libertades por las cuales las Naciones Unidas entraron en guerra contra los agresores del Eje. Puesto que la culpa de ello no debe echarse sobre la Iglesia Católica en conjunto, debe emprenderse una acción únicamente contra la intransigente jefatura que la ha obligado a aliarse con los dictadores y opresores del pueblo. En Europa se conoce esta política intransigente de la Iglesia Católica con el nombre de ultramontanismo, y a sus opositores se les llama anticlericales. En América, igual que en Europa, todos los que luchan en pro de la libertad religiosa y política deben combatir este ultra-montanismo clerical, aun a riesgo de que los llamen anticlericales.

Las medidas que se tomen deben tener un doble objetivo:

- I. Dar fin con el Papado Romano como organización política internacional, dejándole plena libertad exclusivamente en asuntos religiosos.
- II. La democratización interna de la Iglesia Católica.

Entre los medios prácticos que se empleen para lograr esos fines, deben bailarse los siguientes:

1. Separación completa de la Iglesia y el Estado en todos los países, otorgando plena y completa libertad religiosa, así de enseñanza como de propaganda, a todas las religiones;
2. Separación del sistema público de educación escolar de toda influencia e intromisión de la iglesia;
3. Traslado de la propiedad de los latifundios que se hallan en manos de la Iglesia al pueblo de los países dominados por los católicos;
4. Representación proporcional de los países democráticos en la Curia Romana, por medio de cardenales y otros prelados de alto rango;
5. Base de contrato civil para el matrimonio en todos los países.
6. Retiro de los embajadores ante el Vaticano como Estado independiente y soberano.
7. Impuestos iguales a las propiedades eclesiásticas de todas las religiones, que no se estén usando directamente para propósitos religiosos.

Ninguna de las medidas arriba mencionadas es en alguna manera nociva o perjudicial al libre ejercicio y propagación de cualquiera doctrina verdaderamente religiosa.

**ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE
IMPRESA GRAFOS, EN MÉXICO, D. F., EL DÍA 30 DE JULIO DE 1946**

**SE FINALIZÓ EL PROCESO DE DIGITALIZACIÓN POR
ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA, 5 DE MAYO DE 2012,
TEMUCO, CHILE**

www.escriturayverdad.cl